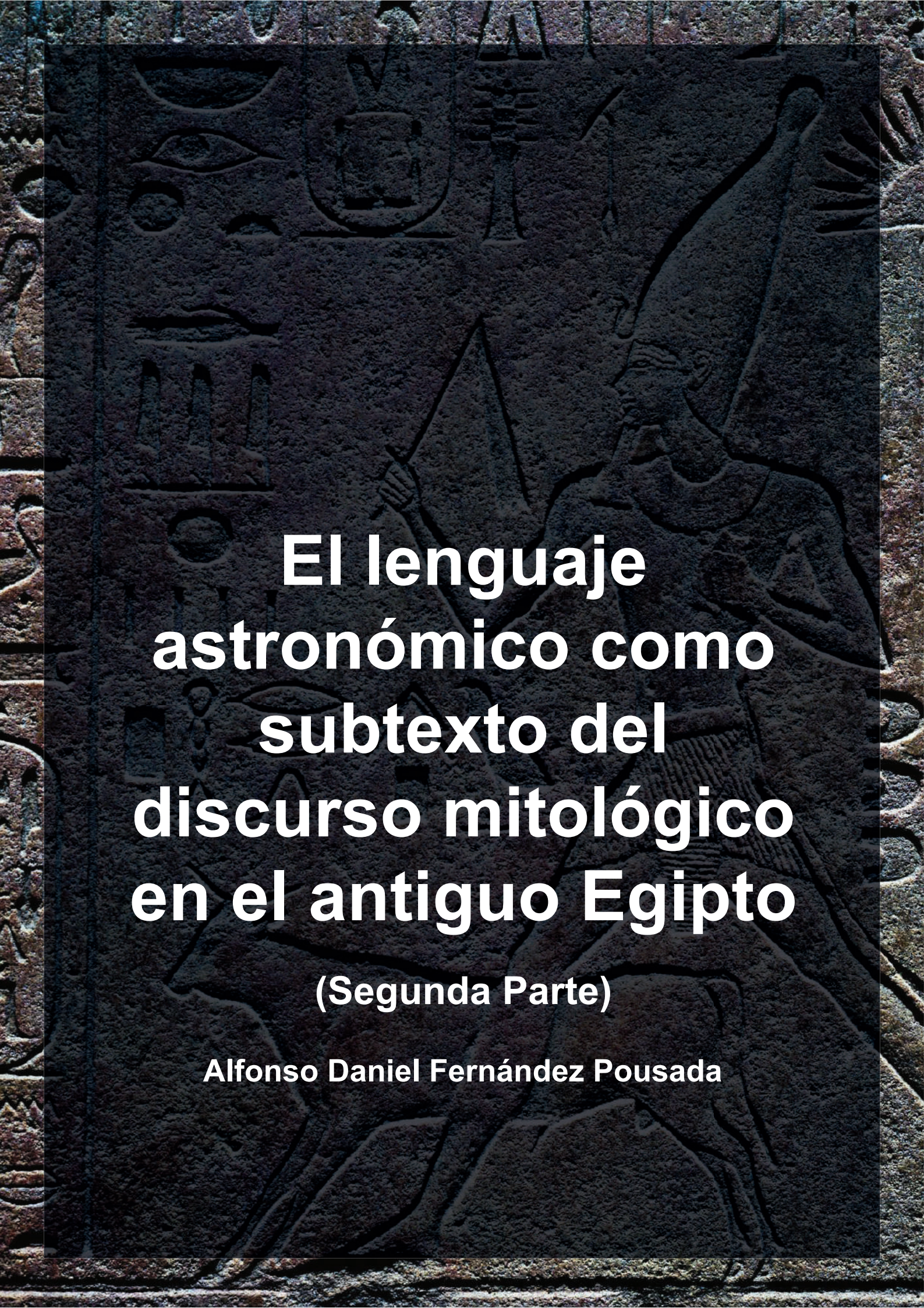


The background of the cover is a dark, textured image featuring ancient Egyptian hieroglyphs and a large, seated figure, likely a deity or pharaoh, wearing a tall headdress and holding a staff. The figure is positioned on the right side, facing left. The hieroglyphs are scattered across the entire surface, with some larger symbols like the sun disk and the was scepter visible.

El lenguaje astronómico como subtexto del discurso mitológico en el antiguo Egipto

(Segunda Parte)

Alfonso Daniel Fernández Pousada

En la primera parte de este artículo, vislumbrábamos la astronomía como una herramienta clave a la hora de descifrar la trama argumental de muchos de los mitos griegos. Este recurso, en realidad, vendría a satisfacer una necesidad mnemotécnica, al convertir las curiosas historias sobre los dioses, semidioses y héroes clásicos en pequeñas cápsulas del tiempo, cuyos símbolos custodian un antiquísimo e incalculable conocimiento de las ciencias naturales que, de otra forma, podría haberse volatilizado. Pero, ¿qué hay de la mitología egipcia? ¿Responderá también a este criterio? Al menos así lo intuyeron los propios autores de la antigüedad, con Plutarco de Queronea como mayor exponente y principal baluarte. Sus ideas han traspasado el espacio y el tiempo y la egiptología moderna ha recogido el testigo, proporcionando algunas respuestas en este sentido que, más que por sus posibles aciertos o desatinos, son interesantes porque una y otra vez se reconoce la índole astronómica que subyace a la condición de muchos de los relatos míticos del antiguo Egipto.

Dentro de este ámbito, Santillana, von Dechend y Sellers, han advertido la posibilidad de que entre los conocimientos astronómicos preservados en estos mitos, al igual que frutas en almíbar, se encuentre también alguna noción sobre el movimiento terráqueo conocido como precesión de los equinoccios. Más allá de las pruebas circunstanciales que se han aportado al respecto, existen dos condiciones elementales que afectan al calendario egipcio y que tornan dicha afirmación en una probabilidad bastante remota, a saber: el carácter deslizante del propio calendario y la inexistencia de una fecha única de referencia.

Al no haber echado mano de los años bisiestos, el calendario egipcio quedó supeditado a un peculiar engranaje donde, cada cuatrienio, se adelantaba un día conforme a la realidad cósmica. En grandes períodos de tiempo, este modelo propicia un desfase absoluto entre el curso de las estaciones físicas y las lógicas, conllevando, a la par, el desplazamiento de los ortos y ocasos helíacos y acrónicos de las estrellas. Frente a ello, la precesión de los equinoccios se puede deducir empíricamente al observar cómo las constelaciones se van desplazando en un parsimonioso círculo, casi imperceptible, que tarda en completarse cerca de 25.769,42 años. Así, comparando la posición de las estrellas en una fecha determinada, como solsticios o equinoccios, pero con varios siglos de diferencia, se logra cuantificar la duración de este período. Ahora bien, al combinar este factor con la carencia de años bisiestos, la tarea de mensurar la precesión se complica para el caso de las constelaciones, salvo que se tome la Estrella Polar como testigo, por tratarse, solo en apariencia, de la única estrella fija de todo el orbe celeste.



Fragmento del calendario inscrito en las paredes del templo de Kom Ombo, fechado en la época ptolemaica. | Jeff Seigle.

Otra circunstancia que enturbia estos cálculos es la inexistencia de un año cero dentro de la cultura egipcia: los griegos eligieron la primera olimpiada; los romanos, la fundación de su capital; los musulmanes, la hégira; los judíos, la creación del mundo según la narración bíblica; los cristianos, el nacimiento de Jesús... Los egipcios, por su parte, no introdujeron en su calendario ninguna bisagra a partir de la cual señalar el tiempo, como un marcador, hacia delante o hacia atrás, de forma que les permitiese situar un momento dado dentro de la gran amplitud de su milenaria civilización. Se limitaron a datar los documentos según los años de reinado de cada faraón, poniendo el cronómetro a cero cada vez que un nuevo monarca ascendía al trono. Por consiguiente, la inexistencia de balizas temporales se convierte, ahora sí, en el golpe de gracia que fulmina la oportunidad de trazar el número exacto de años transcurridos entre dos posiciones relativas de una misma estrella, incluida la Polar, en un margen de tiempo suficientemente amplio como para que se manifiesten los efectos de la precesión.

Aunque los egipcios hubiesen intuido los efectos de este movimiento que opera sobre astros y constela-

ciones, haciéndolas variar su ubicación en el cielo, lo que resulta especialmente notorio en el caso del polo norte celeste, haber dilucidado la duración exacta de las eras zodiacales no parece un término asequible al grado de desarrollo de su astronomía, conforme a las contingencias de su sistema calendárico, de las que ya se ha hecho mención. Tiene sentido que, por lo tanto, Hiparco de Nicea (190-120 a.C.), gracias a la mejor estructuración del calendario griego, haya pasado a la posteridad como el descubridor de la precesión de los equinoccios, después de haber comprobado cómo la posición de Spica durante el equinoccio otoñal del año 127 a.C. se desviaba 2° con respecto a la fijada un siglo y medio antes en los catálogos de Timocares de Alejandría y Aristilo.

La órbita de Saturno

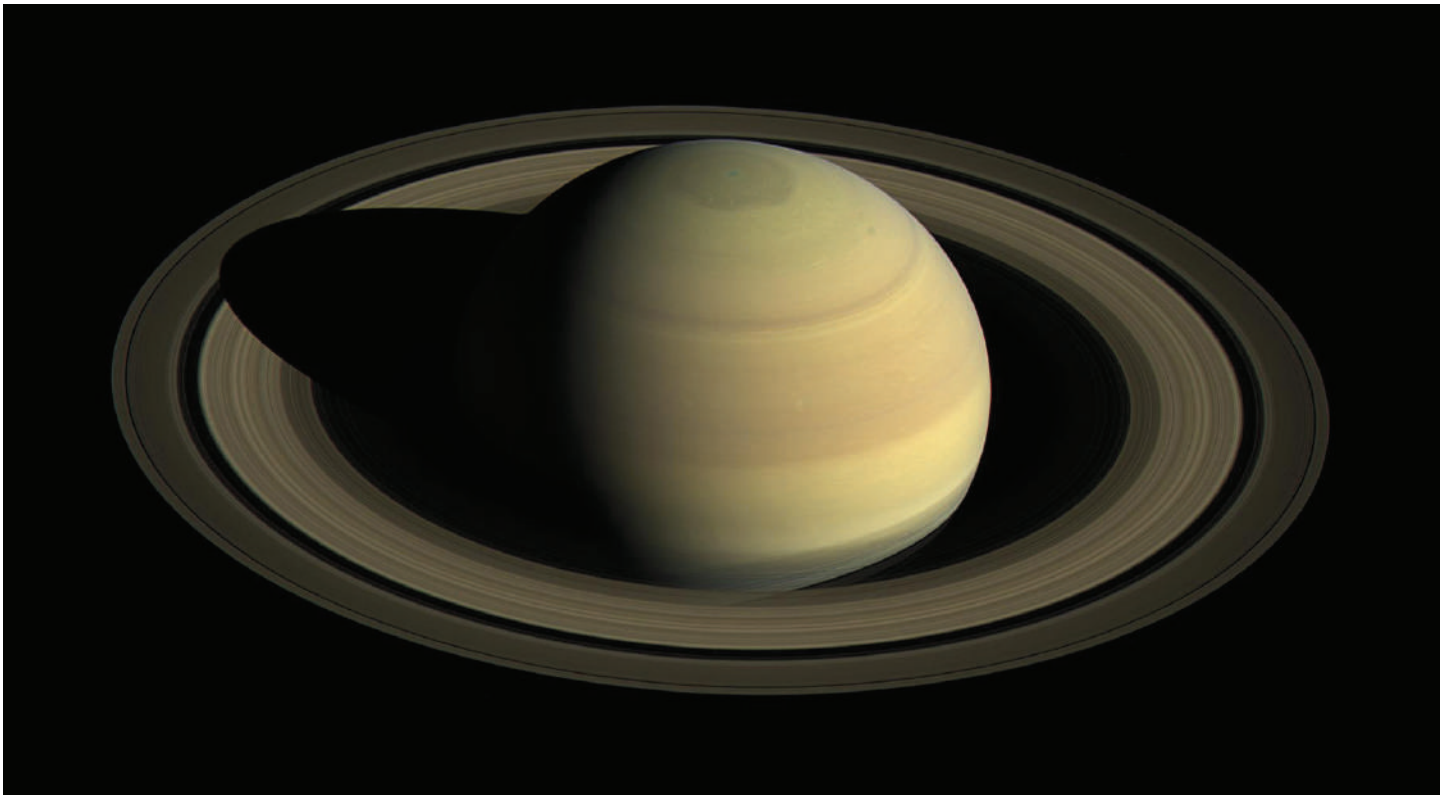
Por el contrario, de otras de las interpretaciones astronómicas de Santillana, von Dechend y Sellers, se han hecho eco reputados investigadores, como el astrofísico murciano Juan Antonio Belmonte, relacionando la nomenclatura real y el festival Sed con el planeta Saturno: *“Saturno, el planeta visible a simple vista más lejano del sistema solar, posee un período sinódico de treinta años, existiendo un ciclo típico de la civilización egipcia que duraba exactamente ese tiempo, el del festival-Sed en el que se renovaba la vitalidad del Horus viviente, el Toro Poderoso (el rey), tras treinta años de reinado”* (Belmonte Avilés; 2000:124). Esta celebración tenía como cometido regenerar de forma mágica la fuerza vital del faraón, razón por la que entre estos rituales se incluía una carrera del soberano y el sagrado toro Apis entre dos montículos. En jeroglíficos, las palabras “fuerza vital” y “toro” se pronuncian exactamente igual, *k3*. Con ello, por una parte, se justifica la presencia de este animal en el ceremonial de restauración de los poderes divinos del soberano y, por otra, la conexión litúrgica de la misma con Saturno, el toro celeste. No en vano, el nombre que los egipcios otorgaron a este planeta no fue otro que *“el Horus ‘toro de su madre’ (k3 mwt.f) del Cielo, cuyo nombre es: d3 pt i3bt sb3, ‘la estrella que cruza el cielo oriental’”* (Sánchez Rodríguez; 2000:55). Una variante, cercana a la anterior, se puede constatar en los paneles astronómicos de la tumba de Senenmut, donde los artesanos escribieron la frase *mwt k3 (n) pt rn.f d3 pt i3bt sb3*, con el significado de *“Mut, toro del Cielo es su nombre, la estrella oriental que cruza el Cielo”* (José Lull; 2004:204), puede que confundiendo la palabra “madre”, *mwt*, con la deidad homónima. Finalmente, en el Rameseo, Saturno se muestra bajo la influencia del tercer mes de *3ht*, bajo la denominación de *hr k3 (n) pt rn.f d3 pt i3bti sb3*, *“Horus, toro del cielo es su nombre, la estrella oriental que cruza el Cielo”*.

Algunos elementos de esta celebración ponen de manifiesto la estrecha relación del rey con el cos-

mos: es el caso de la erección del pilar dyed, símbolo de estabilidad, y el disparo de flechas con su arco en dirección a los cuatro puntos cardinales, a fin de proteger las fronteras de Egipto y mantener alejados a sus enemigos. La carrera del faraón junto a Apis, que se suele representar con el disco solar adornando su cornamenta, recuerda al símbolo jeroglífico empujado para definir al horizonte, *3ht*, con el astro rey emergiendo entre dos colinas. Y dada la implicación de Saturno, los dos montículos entre los que marcha el hijo del Sol podrían corresponder, igualmente, a los espacios que median entre afelio y perihelio de la órbita de dicho planeta. En un himno a Osiris traducido por Wallis Budge, este dios es relacionado con un ciclo de sesenta años que, según la opinión de algunos investigadores, *“se ha de ver como una sincronización de los períodos orbitales de Júpiter y Saturno, porque se juntan prácticamente cada seis décadas. El período orbital de Júpiter es de aproximadamente doce años y el de Saturno de unos treinta. Cinco veces doce es sesenta, al igual que dos veces treinta. Sesenta años es el gran período que lleva a la sincronización de los movimientos de los dos grandes planetas exteriores que se pueden ver a simple vista”* (Temple; 1998:392). Textos de Olimpodoro y de Lucio Apuleyo corroborarían el conocimiento del ciclo mixto de Júpiter y Saturno en la época romana y que, a través del antiguo Egipto, podría haberse filtrado al continente africano, preservándose en la ceremonia Sigui que el grupo étnico



📌 Relieve de la Capilla Roja, mostrando la carrera ritual de la reina-faraón Hatshepsut Maatkara junto al toro Apis. | National Geographic.



📺 Los cerca de 30 años que tarda el planeta Saturno en completar una órbita alrededor del Sol podrían estar detrás de la periodicidad del festival Sed. | NASA.

de los dogones oficia cada sesenta años, tal y como viene defendiendo desde hace décadas Robert Temple, miembro de la Real Sociedad Astronómica, en su polémica interpretación sobre los orígenes del avanzado saber astronómico de esta tribu maliense. Por su parte, Carl Sagan, el mayor divulgador científico que ha existido en el ámbito de la astronomía, contestó severamente esta afirmación en *El cerebro de Broca*, al interpretar todo el asunto como un caso prototípico de contaminación científica, después de haberse transmitido estas noticias desde Europa, seguramente a finales del siglo XIX, coincidiendo con la carrera colonial en África.

Regresando a las ideas del doctor Belmonte, la muerte celestial de Osiris habría de responder al mismo criterio que su versión griega, el cazador Orión, descubriéndose para ello al culpable en la constelación de Escorpio: *“Si Osiris está asociado con sꜣh e Isis con spdt, ¿qué o quién sería Seth, el asesino de su hermano y dios del mal, al menos en la literatura egipcia más tardía? (...) En algunas tumbas del Reino Nuevo como, por ejemplo, la de Ramsés VI (Dinastía XX), se puede apreciar un escorpión cuya posición recuerda vagamente a la ocupada en el cielo por nuestra propia constelación de Scorpius, por lo que puede que éste ya fuera conocido por los antiguos egipcios. Curiosamente, en la mitología griega este escorpión, enviado por la diosa Artemis, es el que mata al gigante Orión, siendo caracterizado junto con éste en la bóveda celeste (esta leyenda tiene fundamento astronómico pues se basa en el hecho de que cuando Orión se está ocultando por*

el Poniente, Scorpius surge en ese momento por el horizonte oriental). En el mito de Osiris e Isis, en un paralelismo que no podemos obviar, Seth se convierte en un escorpión (entre otras muchas transformaciones) en uno de los varios enfrentamientos que mantiene con Horus en el ciclo mitológico. Por tanto, pensamos que la antigua constelación del escorpión podría ser aquella a la que se encontraría asociado el dios Seth e, incluso, hay quien propone que el aspecto del Escorpión, tal como se dibuja en el propio cielo, podría estar en el origen de algunas imágenes sacramentales egipcias como, por ejemplo, el bastón-wꜣs, asociado a las divinidades y cuya cabeza es precisamente la de un animal sethiano” (Belmonte Avilés; 2000:123-24). El mayor embarazo a que se enfrenta esta explicación es el hecho de que las constelaciones sethianas por excelencia sean la Osa Mayor y la Menor, en lugar de Escorpio, según el paradigma con el que comulga el grueso de los estudios en esta materia.

La Divina Naumaquia

Frente a Norman Lockyer o Jane B. Sellers, quienes centraron sus esfuerzos en demostrar el profundo simbolismo astronómico del folclore egipcio, otros investigadores y mitólogos abordaron esta cuestión de un modo más generalista. Es el caso del historiador alemán Wilhelm Max Müller (1862-1919), uno de los orientalistas más preclaros de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, especializado, al igual que su padre, en el fenómeno religioso. Dedicó los últimos años de su vida a compendiar todo el cono-

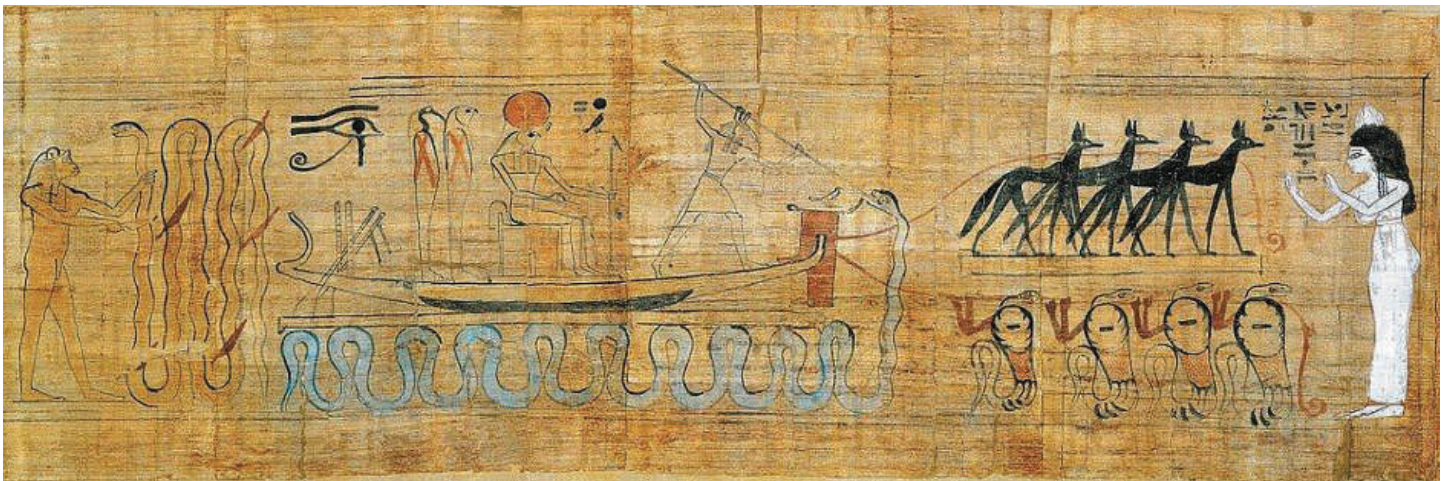


📷 El cetro *w3s* imitaría la forma de la constelación zodiacal de Escorpio, al tiempo que ésta podría representar a Seth como verdugo de su hermano Osiris (Orión). | César Cantú.

cimiento mitológico del antiguo Egipto. Este trabajo, que vio la luz en 1918, un año antes de la muerte del propio Müller, se incorporó a uno de los volúmenes de la serie *The Mythology of All Races*. En su *Mitología Egipcia* explica cómo los egipcios consideraban que el dios lunar Tot se encarga de curar el ojo dañado de Ra, como alegoría de los eclipses, pues es la Luna la que “regula perturbaciones tales como los eclipses” y, al apartarse, permite nuevamente brillar al Sol (Müller; 1996:35). La serpiente Apofis sería la causante de estas perturbaciones, convertida esta

confrontación en una verdadera batalla naval, al tratar de sortear Ra este tipo de obstáculos a bordo de la barca solar: “Ese ‘Apop <arrojado al océano en el día del año nuevo> es una reminiscencia de la doctrina babilónica de que la contienda de la creación es tipológicamente repetida en el comienzo del nuevo año en primavera. En tiempos antiguos, sin embargo, los egipcios comenzaron a interpretar el combate entre luz y sombra, entre el dios sol y su gigantesco adversario, como un fenómeno cotidiano. El sol es tragado por ‘Apop en el atardecer, cuando se hunde en el océano, o tiene, al menos, que combatir con el dragón en su viaje nocturno por el submundo. Allí, desde el oscuro río o detrás de la montaña del amanecer, el monstruo se levanta otra vez contra la barca solar; pero en la mañana ha sido cortado en pedazos y el sol reaparece victorioso, o al menos el monstruo debe vomitarlo” (Müller; 1996:109). Que el punto de inflexión en este duelo se produzca durante el primer día del año en el calendario ideal egipcio, esto es, en pleno solsticio de verano, podría estar en relación con el hecho de que esta fecha sea la jornada del año con mayor número de horas de luz en el hemisferio norte. Además, “esta batalla puede de igual forma ser encontrada en cielo diurno, cuando las nubes de tormenta oscurecen la cara del sol” (Müller; 1996:110).

El eterno combate entre luz y oscuridad, presente en la mayoría de las religiones del mundo, tendría un eco perfecto ya no solamente en la guerra de Ra contra Apofis, sino también en la contienda habida entre Horus y Seth. Müller asimila sus significados, como si se tratase de dos expresiones distintas de una misma fenomenología, lo que haría “la reanudación del combate fácilmente inteligible; ésta podía ser comprendida, como ya hemos visto, por las tempestades y nubes, por el mar tormentoso y la noche, por los cambios del curso del sol o la luna, y (muy débilmente) por el comienzo de los mundos; todo esto, de varias maneras, podía ser leído entre las estrellas” (Müller; 1996:120). Dentro de este ciclo mítico,



📷 Seth alanceando a la serpiente Apofis desde la proa de la barca solar, según se representa en el papiro de la dama Cheritwebeshet, fechado en la XXI dinastía. | Museo Egipcio de El Cairo.

Las tormentas de arena y de aparato eléctrico pudieron ser tomadas por los egipcios como manifestaciones meteorológicas de la lucha entre Ra y Apofis. | Jonathan Hewitt.



se podría destacar la historia del cerdo negro que se introdujo en el Ojo de Horus, cegándolo temporalmente. El propio Ra, al observar de cerca, comprendió que el animal invasor respondía a una argucia de Seth, obcecado por mermar los poderes de su adversario y metamorfoseado en uno de los pocos mamíferos impuros, que los egipcios no habían considerado dignos de sacralizar: *“La vieja interpretación de Sêth como nubes tormentosas oscureciendo al sol se puede aplicar aquí con claridad a un mito que, originalmente, con toda probabilidad, se refería a los eclipses”* (Müller; 1996:127), con la novedad de que en este relato específico, para conseguir que las perturbaciones celestiales se aplaquen, se ofrece un sacrificio de bueyes, ganados y ovejas; donde es posible intuir que ofrendas similares se pudiesen haber efectuado en el antiguo Egipto durante los eclipses solares, a fin de restablecer el orden cósmico.

Dualismo egipcio

Para Müller, con carácter general, los dioses egipcios son representaciones de los astros: *“Otro de los antiguos conceptos describe al cielo como un enorme árbol que sombrea la tierra, siendo las estrellas los frutos u hojas que cuelgan de las ramas. Cuando <los dioses se balancean en sus ramas>, son evidentemente identificados con las estrellas”* (Müller; 1996:37). Al respecto de algunos mitos concretos, este especialista considera que las siete Hathor, las hadas madrinas de la tradición egipcia, que se personaban durante el parto para vaticinar el destino del recién nacido a sus progenitores, eran, en realidad, la encarnación física de *“las Pléyades, que, entre otras naciones eran las constelaciones del destino humano (de forma especial en el augurio de*

las enfermedades), y también la vaticinadora de la cosecha” (Müller; 1996:42). Aplica esta solución al *Papiro Harris 500*, de comienzos de la dinastía XIX, conservado en el Museo Británico con el número de inventario 10060, donde se relata, en escritura hierática, la historia del príncipe predestinado: *“Este príncipe es condenado a ser muerto por su perro (una explicación no egipcia de Sirio) o por una serpiente (Hidra), representando la idea nortea del cazador Orión; y su esposa, que gana en un torneo de saltos, es claramente Astarté-Venus-Virgo, quien lo rescata de la apesante Hidra”* (Müller; 1996:155). Además de para la historia del príncipe predestinado, sugiere esta misma lectura astronómica para el relato de la gran maga Isis, cuando mediante la picadura de una serpiente consiguió conocer el nombre secreto del dios Ra: *“La historia muestra en buena conexión lógica el antiguo mito astral asiático que asocia las constelaciones de Virgo, Hidra y Orión (=el Sol)”* (Müller; 1996:86), pese a que estos emparejamientos entre dioses y constelaciones tropiezan con el conocimiento que hoy se ha alcanzado en el ámbito de la astronomía egipcia.

Continuando en este capítulo de identificaciones cósmicas, Müller ya vislumbra la equiparación de Nut con las aguas celestiales que retienen el gran río o lago por donde fluye la barca de Ra, y la de su compañero, Geb, con el dios de lo telúrico y lo terrenal: *“La oca que algunas veces adorna su cabeza cuando es representado erecto, es simplemente el jeroglífico que forma una abreviación de su nombre, pero los teólogos pronto lo malinterpretaron con el significado de que el dios de la tierra era un enorme ánsar, <el Gran Cloqueante>, que pone el huevo solar”* (Müller; 1996:44). Siguiendo a Plutarco de Que-



📷 Naos de las siete Hathor, expuesta en una de las vitrinas del Museo August Kestner de Hannover. Está fechada hacia el año 1200 a.C.
| Deutsche Presse-Agentur.

ronea, empareja también a Isis con Sirio, con Venus o con la estrella matutina (Müller; 1996:104), a Horus con Orión y con la estrella matutina, mientras sus ojos son el Sol y la Luna (Müller; 1996:104) y a Osiris con Canopo (Müller; 1996:59-60), señalando cómo la estrella principal de la constelación Argo Navis podría guardar relación con el sarcófago donde Osiris fue encerrado por Seth, que, como un barco, habría navegado a través del río Nilo y del mar Mediterráneo hasta arribar al puerto de Biblos: *“En la constelación de Argos y su estrella principal, Canopus, aparece como niño o como muerto, flotando en un arca”* (Müller; 1996:97).

Este orientalista supuso que padre e hijo, Osiris y Horus, estaban tan intrínsecamente ligados que sus constelaciones y mitos asociados eran prácticamente intercambiables, producto, quizás, del acoplamiento de dos tradiciones diferentes que habrían concurrido en una única identidad verdadera. Este aspecto, frente a la Santísima Trinidad de los cristianos, se podría entender como el dualismo egipcio, plasmado en la persona del faraón, encarnación de Horus en la vida terrenal y de Osiris en la ultraterrena. Siguiendo este razonamiento, Canopo también sería una representación astral de Horus: *“Algunas versiones enseñan que el hijo de Isis es colocado en un arca o cesta, mientras navega Nilo abajo. Esta concepción permite la combinación del nacimiento, muerte y revivificación de las dos deidades identificativas, Osiris y Horus, en el arca que navega en los abismos, o en el océano, o en su contraparte egipcia, el Nilo, representando a Osiris-Horus. Este arca puede también ser encontrada en el cielo en la constelación de Argos, simbolizando a la deidad muerta o el niño flotando en el océano; y la principal estrella de este grupo, Canopus, podía ser considerada como el dios mismo. De acuerdo a Plutarco, Horus fue encontrado en el río y educado [bajo las órdenes de Cronos, es decir, el sol viejo o el año viejo] por un aguador [llamado Pamiles en Tebas, a quien se dice que anuncie al mundo el nacimiento de la gran divinidad]”* (Müller; 1996:118-19). Esta leyenda concuerda

con la de otras naciones: las fuentes acadias aseguran que el rey Sargón I el Grande había sido concebido en secreto por una sacerdotisa y abandonado en la ciudad de Azipu Ranu, a orillas del Éufrates, en una cestilla calafateada con betún, que la corriente arrastraría hasta Kish. El Éxodo bíblico atribuye esta anécdota a Moisés, abandonado en el Nilo por sus padres Amram y Jocabed a propósito de salvarlo del decreto dado por el faraón para librarse de los varones nacidos entre los hebreos; la buena fortuna quiso que una princesa real diese con la criatura mientras se estaba bañando. En el firmamento, este gran río, ya sea el Éufrates, ya sea el Nilo, se manifiesta bajo la apariencia de la Vía Láctea. Isis-Sirio, brillando en medio de su cauce, deposita en él a Horus-Canopo, que desciende entre remolinos y remansos hasta convertirse en la estrella más brillante de la constelación Carina, después de haber sido rescatado de las aguas y de pasar a ocupar un lugar fuera de la Vía Láctea, si bien todavía muy próximo a ella, pues la galaxia atraviesa la parte nororiental de la quilla del Argo Navis.

La misma solución dada para Canopo se esgrime para el caso de Orión. Así, Müller trató de compatibilizar los postulados de Plutarco con las fuentes



📷 La escena bíblica de Moisés rescatado de las aguas, inspirada a su vez en la leyenda del nacimiento y posterior abandono de Horus en el Nilo, equivaldría astronómicamente a Isis (Sirio) dejando ir con la corriente (Vía Láctea) a su recién nacido (Canopo).
| Frederick Goodall. Pictorem.



❏ Argo Navis, según la representación que Jan Heweliusz incluyó en su *Firmamentum Sobiescianum sive Uranographia*, publicado póstumamente en 1690. | Antique Maps Inc.



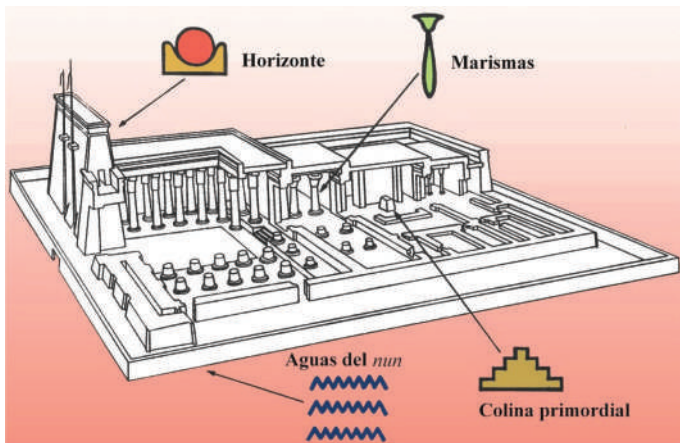
❏ Estela de ofrendas de la dama Shepen-Bastet, fechada en la dinastía XXVI, donde la difunta se presenta ante Horus y sus cuatro hijos (los puntos cardinales). Donación a los fondos del Museo de Bellas Artes de Boston en 1872 por C. Granville Way. | Museum of Fine Arts.

egipcias, en las que Osiris es asociado indiscutiblemente con Orión, a través de algunas representaciones que muestran al doble Orión, defendiendo así la identificación de una sola constelación con dos divinidades diferenciadas (Müller; 1996:60). Finalmente, los cuatro hijos de Horus, a saber, Hapy, Duamutef, Quebesenuf y Amset, divinidades teriomorfas representadas, respectivamente, con cabeza de babuino, chacal, halcón y humano, tampoco se libran de este catálogo de asociaciones. Así, *“una antigua interpretación paralela los considera celestiales; en otras palabras, los identifica con los cuatro Horus que moran en los cuatro puntos cardinales o en el este o sur del cielo, o con <los cuatro rizados de Horus> en los cuatro puntos cardinales, cuando éstos <son enviados a los cuatro vientos>. Se han hecho intentos para localizarlos en las constelaciones, y en una pintura parecen encontrarse en el cielo no menos de cinco veces. Son vistos especialmente cerca de su padre, Orión, entre las estrellas de los decanatos, o cercanos a la contraparte celestial del dragón de los abismos, la peligrosa <Pata de Buey>”* (Müller; 1996:115).

Las maquetas del Universo

En realidad, muchas de las proposiciones de Müller no guardan demasiada coherencia interna pues, entre unos y otros mitos, la asimilación entre determinados dioses con determinadas constelaciones varía de forma diametral y casi antagónica, lo que no ayuda a componer una fotografía integral de la bóveda celeste como perfecto reflejo del discurso mitológico del antiguo Egipto. Además, en muchos casos, este orientalista echa mano de constelaciones netamente griegas o babilónicas, sin parangón dentro de la astronomía egipcia y que, en consecuencia, no pueden filtrarse sin más a su canon de mitos, dioses y estrellas. Más allá de esta crítica, debe valorarse, en todo caso, el intento de Müller a la hora de procurar respuestas en la astromitografía, siguiendo la estela de cuanto, con buen criterio, se estaba haciendo dentro del estudio de las civilizaciones griega y romana.

En la misma medida en que los dioses egipcios parecen haber sido concebidos como encarnaciones eidéticas de los objetos celestes, también sus moradas en la Tierra están en sincronía con esta naturaleza cósmica del discurso mitológico, hecho que se advierte con gran nitidez en la decoración elegida para ornamentar los templos donde antaño se veneraron las imágenes de dichas divinidades y en el entorno donde éste debía de levantarse, pues *“topografía y teología jugaban también un papel no desdeñable en la orientación de algunos edificios”* (Molinero Polo; 2000:82). Ya *“el marqués de Rochemonteix demostró en un artículo publicado en 1885 que un templo egipcio formaba una unidad en la que el techo representaba el cielo y el suelo la tierra de un pequeño mundo en representación”* (Molinero Polo; 2000:69).



☐ Las secciones del templo egipcio están ideadas como réplicas a escala del Universo, tal y como concebían en sus relatos míticos. | José Lull.

Más recientemente, Miguel Ángel Molinero Polo ha buceado en la simbología que subyace a las distintas partes del templo egipcio, llegando a la inequívoca conclusión de que *“la estética arquitectónica estaba al servicio de su eficacia cósmica”*. Es más, un análisis minucioso del diseño de estas edificaciones permite demostrar cómo en absoluto se había articulado de forma casual o azarosa, sino todo lo contrario, pues, de manera premeditada, cada pequeña elección en plano y en alzado se aprovechaba para satisfacer una finalidad específica, dando un mayor realce al carácter astral del alma del dios y de su refugio terrenal. Así, la *“función del templo era actuar como un símbolo del universo, y este significado se manifiesta tanto en el proceso de su construcción y en el comportamiento frente a la obra terminada como en la decoración, escogida según unas reglas muy estrictas que se han calificado como la gramática del templo”* (Molinero Polo; 2000:76) quizás, para no olvidar que los dioses que habitaban en su interior eran la personificación, en realidad, de *“las fuerzas vivas del Universo; podían adoptar esta forma tangible, sin que la divinidad se redujera, en ningún caso, a su receptáculo físico”* (Molinero Polo; 2000:74).

El templo, desde los paramentos exteriores hasta la capilla del dios, consistía en una reproducción a escala del Universo: *“El muro de cierre del témenos suele consistir en una alta muralla (...). Las hiladas de adobes que lo componen no son horizontales sino onduladas, pues representan simbólicamente las ondas del Nun, el abismo primordial del que surge toda la creación (...). Los pilonos son el paralelo arquitectónico de las dos montañas del horizonte entre las cuales surge el sol al amanecer”* (Molinero Polo; 2000:86). Después, se erguía el hípetro, o patio porticado, adosado a la sala hipóstila, donde los capiteles (lotiformes, papiriformes o palmiformes) estaban inspirados en motivos vegetales; además, al haberse retranqueado el ábaco, se *“crea la impresión de que la columna no llega al techo, y esto hace aún más evidente su significado de vegetación*

que crece hacia el cielo. Sujetan un techo concebido como bóveda celeste, y en el que se representan las estrellas o grandes buitres con alas abiertas, o la diosa Nut, o bien tablas astronómicas en las que aparecen, antropomórficas o teriomorfas, estrellas y constelaciones, la Luna, el viaje del Sol o alegorías de las horas” (Molinero Polo; 2000:88). El ka de la divinidad reposaba en la naos, en el rincón más íntimo y sagrado de todo el templo. En jeroglíficos, las puertas de este edículo recibían *“el nombre de puertas del cielo. Su apertura en el momento del alba permitía al sol brillar como un nuevo día y su cierre coincidía con el hundimiento del astro en el oeste”* (Molinero Polo; 2000:88).

El ojo de halcón

En la actualidad, uno de los historiadores que más se ha preocupado por ahondar en el componente estelar de la mitología egipcia es el alemán Rolf Krauss. Durante las conferencias promovidas en 2010 por la *Société Européenne pour l’Astronomie dans la Culture* resumió su visión particular sobre el trasfondo astronómico del dios Horus, ya desde comienzos del período dinástico: *“La evidencia más temprana para Horus como una estrella procede de los dominios reales de las tres primeras dinastías. Algunos de ellos podrían interpretarse figurativamente, como ‘Horus, la estrella ha surgido’ o ‘Horus, estrella del khet’, un grupo de dioses. Claramente, ‘Horus, la estrella más prominente del cielo’ no es una simple metáfora. Se sigue que los nombres de los otros dominios que designan a Horus como una estrella deben ser tomados literalmente; por lo tanto, ya en la época del Rey Adyib, a mediados de la primera dinastía, Horus está atestiguado como una estrella. De los tiempos de su predecesor Dyet se conserva un peine, cuyo mango muestra el nombre de Horus de la titulación real, así como la representación de un halcón atravesando el cielo sobre una barca. En analogía con la documentación más reciente, este pájaro debiera de ser Horus y una estrella”* (Krauss; 2016:137). Apelando a los *Textos de los Sarcófagos*, a una lista demótica de planetas y a los jeroglíficos que acompañan al zodíaco circular de Dendera, entre otras fuentes, Krauss llega a la conclusión de que la estrella con la que Horus el joven viene a identificarse no es otra que el lucero del alba, el habitual sobrenombre del que se vale Venus en cuanto a estrella matutina. Por su parte, en su faceta como Horus el mayor, que también consta como Haroeris o Mekhenti-irty, este dios podría ser identificado con el lucero de la tarde, esto es, con el mismo planeta Venus, ya como estrella verpertina (Krauss; 2016:138).

Ahora bien, aplicando este concepto al ciclo mítico sobre el combate entre Horus y Seth, durante el cual el primero pierde uno de sus ojos, Krauss aboga por una lectura diferente al enfoque que cuenta con ma-



❶ Ojo de Horus, descubierto en 1930 en las proximidades de la mastaba G 7760, en la necrópolis de Guiza, fruto de una campaña conjunta de la Universidad de Harvard y el Museo de Bellas Artes de Boston. | Museum of Fine Arts.

yor número de adeptos entre los egiptólogos, quienes, siguiendo a los escritores clásicos, durante el último siglo se han decantado por interpretar dicho relato como una transposición simbólica de las fases lunares o de los eclipses. Partiendo de la fórmula 137B del *Libro de los Muertos*, donde el Ojo de Horus aparece al atardecer, Krauss considera que, más que un simple aspecto de la Luna, debería de tratarse de un cuerpo celeste distinto a nuestro satélite: *“Esta declaración compara la antorcha encendida para los muertos con el Ojo de Horus, que resplandece en el cielo después de la puesta de Sol (después de Ra) y antes de la salida de la Luna (antes del compañero de Ra, es decir, la Luna). Si la estrella vespertina es el Ojo de Horus, entonces el periodo especificado se corresponde con la segunda mitad del mes lunar, cuando la Luna sale después del ocaso”* (Krauss; 2016:138). A favor de esta idea, cita diversos pasajes de los *Textos de los Sarcófagos*, donde el Ojo de Horus parece poseer un tipo de brillo similar al de las estrellas. Igualmente, acude en busca de más pruebas al *Calendario del Cairo*, fechado por este mismo investigador hacia el año 1298-97 a.C. En este papiro, cada día del año se asocia con unas efemérides y aniversarios concretos, que se toman de las hazañas de los dioses y diosas del panteón egipcio: *“El Ojo de Haroeris está incompleto en el día 218, cuando la suma de sus partes es menor que la mitad. En el día 349 el Ojo de Haroeris ‘ha llegado, está lleno y completo, sin que le falte nada’. Desde la primera vez que el Ojo fue divisado, en el día 111, le toman cerca de 240 días en mostrarse lleno y completo. El llenado del Ojo, tal y como se reporta en este almanaque, refleja el curso de la visibilidad de Venus al atardecer: al principio, el planeta brilla con una luz relativamente tenue, alcanzando el máximo de su esplendor solamente tras cerca de ocho meses. La pérdida del Ojo se co-*

responde astronómicamente con los dos meses de invisibilidad de Venus, antes de que el planeta reaparezca como la estrella vespertina. El papel del dios lunar, que encuentra el Ojo perdido, lo devuelve a su sitio y lo sana, se puede contemplar como el reflejo del habitual encuentro del cuarto creciente con la estrella vespertina” (Krauss; 2016:138).

Fuentes del Imperio Nuevo asimilan el planeta Mercurio con el dios Seth, identidad sobre la cual Krauss cierra su interpretación de este conjunto mitológico: *“Horus ha gritado a causa de su ojo, Seth ha gritado a causa de sus testículos, y salta el Ojo de Horus, que ha caído en aquel lado del Canal Sinuoso, de forma que pueda protegerse de Seth. Thot [la Luna] lo vio en aquel lado del Canal Sinuoso cuando el Ojo de Horus saltó a aquel lado del Canal Sinuoso y cayó en el ala de Thot [la Luna] en aquel lado del Canal Sinuoso. Oh, vosotros dioses, que cruzáis sobre el ala de Thot [la Luna] a aquel lado del Canal Sinuoso, al lado oriental del cielo, con el fin de litigar con Seth por el Ojo de Horus. Yo cruzaré con vosotros sobre el ala de Thot [la Luna] a aquel lado del Canal Sinuoso, al lado oriental del cielo, y litigaré con Seth por el Ojo de Horus (...). Oh, Ra, encomiéndame a Mahaf, barquero del Canal Sinuoso para que pueda traerme su barca que pertenece al Canal Sinuoso, en la que cruza a los dioses a aquel lado del Canal Sinuoso, hacia el lado oriental del cielo, para que él pueda cruzarme hacia aquel lado del Canal Sinuoso, hacia el lado oriental del cielo, porque estoy buscando el Ojo dañado de Horus”* (Declaración 359). Pese a que la opinión más generalizada es aquella que



❷ Alegoría de Venus, como Héspero, el lucero vespertino. Óleo de Anton Raphael Mengs, que adorna el Palacio de la Moncloa. | Wikimedia Commons.

descubre en el Canal Sinuoso un palmario símbolo de la Vía Láctea, Krauss se inclina por explicarlo como el plano de la eclíptica, donde aboyan los planetas, el Sol y la Luna, lo mismo que sobre su navío celestial. De esta forma, este fragmento de los *Textos de las Pirámides* cobraría cierto sentido, con Mercurio bajo la máscara de Seth y Venus bajo la del Ojo de Horus: “*Aquellos antiguos egipcios que elaboraron los papeles de Horus y Seth, bien pueden haber interpretado las apariciones y desapariciones de Mercurio y Venus en el cielo oriental y occidental, la larga invisibilidad y los dramáticos cambios en la luminosidad de Venus como estrella vespertina como un indicativo de luchas, heridas y rivalidades, así como también de reconciliación y acción conjunta, dependiendo de las realidades, políticas, social y ritual visualizadas en los cielos. La ideología estelar habría tenido sus raíces en la cultura predinástica del Alto Egipto y en su presumible origen afroasiático (camito-semítico)*” (Krauss; 2016:140).

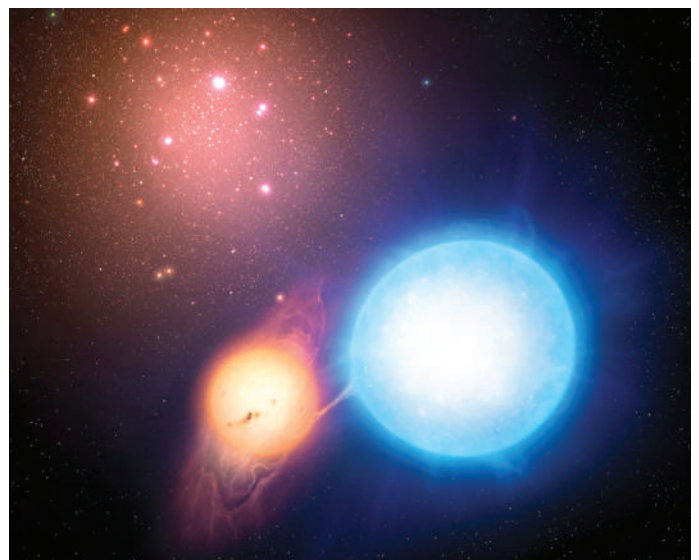
La estrella del diablo

Disentimos parcialmente de la clave de este cifrado, ya no solamente en lo que respecta a la Vía Láctea, sino con especial hincapié en la crucial identificación que Krauss señala para Horus. Según los textos egipcios, Venus pertenece al cortejo de las estrellas infatigables, estando históricamente ligado al dios Osiris y al ave Fénix. Que un texto tardío se refiera a este astro como “Horus, hijo de Isis, dios de la mañana” es más bien una excepción atípica que una justificación tópica, máximo, cuando otros dos planetas también fueron asociados al dios hieracócefalo: “Horus el Rojo” (Marte) y “Horus, toro de su madre” (Saturno). Fue la astronomía griega la que convirtió a Venus en Fósforo y en Héspero, esto es, en los luceros del alba y de la tarde. Por su parte, los cambios de brillo de este planeta están relacionados con las fases venusianas: un octenio o pentaciclo, dividido en 5 ciclos sinódicos. Cada 584 días se produce la conjunción inferior de Venus, espectáculo muy similar al novilunio; tras ocurrir en 5 ocasiones consecutivas, sumando un total de 2920 días (8 años terrestres), las fases venusianas se sincronizan de nuevo con el año solar de la Tierra, reiniciando, por lo tanto, la periodicidad de este ciclo pentagonal con picos cada 83 semanas. Sin embargo, la conmemoración del combate entre Horus y Seth tenía un clímax anual específico. En otras palabras, detrás de “Horus, la estrella más prominente del cielo” podría ocultarse otra estrella, más acorde a la tradición del antiguo Egipto, a la mecánica celeste y a la cinemática estelar; tema sobre el que pronto volveremos.

A mayores, la observación de Mercurio y Venus en conjunción arroja otra contradicción dentro de los parámetros expuestos en este mito, puesto que el primero de ambos planetas solamente es visible

poco antes del amanecer o poco después del ocaso, cuando, por mor de la proximidad del Sol, el cielo no está lo suficientemente oscurecido como para que resulte observable también la Vía Láctea. Pero, para los argumentos de Krauss, el obstáculo más difícil es que en la contienda entre Horus y Seth, mientras el primer dios pierde su ojo, el segundo extravía su muslo, esto es, la pata de buey que campea en el cielo circumpolar, transformada en las estrellas que componen las constelaciones de la Osa Mayor y la Menor. Y si el elemento simbólico de Seth, para este caso concreto, no debería identificarse con Mercurio, entonces difícilmente el ojo dañado de Horus podrá corresponderse con Venus. Más allá de estas trabas, es notable el vuelco al paradigma tradicional, proponiendo una explicación natural para este combate distinta a eclipses y fases lunares.

En esta misma línea viene trabajando un equipo de investigadores del departamento de física de la Universidad de Helsinki, formado por Sebastian Porceddu, Lauri Jetsu, Tapio Markkanen, Joonas Lyytinen y Perttu Kajatkari, a quienes se han unido Jaana Toivari-Viital, del departamento de culturas del mundo de la misma institución finlandesa, así como Jyri Lehtinen, del Instituto Max Planck para la Investigación del Sistema Solar, radicado en la ciudad alemana de Gotinga. En conjunto, estos autores han publicado una serie de artículos, como “Evidence of Periodicity in Ancient Egyptian Calendars of Lucky and Unlucky Days” (divulgado en 2008 en el *Cambridge Archaeological Journal*), “Did the Ancient Egyptians record the Period of the Eclipsing Binary Algol-The Raging One” (incluido, en 2013, en *The Astrophysical Journal*) “Shifting Milestones of Natural Sciences: The Ancient Egyptian Discovery of Algol’s Period Confirmed” (contenido en la *Public Library of Science ONE*, en 2015) y “Algol as Horus



🔭 El sistema binario eclipsante de Algol, por causa de su magnitud variable, ha sido relacionado con los episodios de beligerancia entre Horus y Seth. | Mark Garlick.

in the Cairo Calendar: the possible means and the motives of the observations” (que vio la luz en 2018, en la revista *De Gruyter - Open Astronomy*), en los que argumentan que las gestas míticas expresadas en el *Calendario del Cairo* contienen información astrofísica sobre la variabilidad de Algol. Esta estrella, que los griegos interpretaron como el ojo con el que la gorgona Medusa petrificaba a sus enemigos, es la segunda más brillante de la constelación de Perseo. En realidad, se trata de un sistema triple, donde la estrella principal, de forma periódica, es ocultada por una de sus compañeras, provocando una significativa disminución de la magnitud de todo el grupo. En la combinación del período lunar de 29,6 días y la variabilidad de Algol cada 2,85 días, el equipo finlandés descubrió unas constantes matemáticas que, presuntamente, determinarían el pronóstico de los días fastos y los nefastos, además de su aparente relación con los mitos de la destrucción de la humanidad y del combate entre Horus y Seth. Cuando Algol y la Luna se muestran esplendorosos, los días son afortunados, Horus y Seth se reconcilian y las Dos Tierras están en paz; por el contrario, los días de infortunio suceden al eclipse de Algol, como si éste simbolizase el ojo dañado de Horus.

Esta explicación tropieza, pese a todo, con un obstáculo infranqueable: ni la constelación de Perseo, ni mucho menos la estrella Algol, parecen haber despertado el suficiente interés por parte de los antiguos egipcios como para que se le atribuya tal importancia en el *Calendario del Cairo*. Juan Antonio Belmonte y José Lull asimilan a Perseo y Triangulum con la constelación del pájaro, presente tan sólo en algunos planisferios circumpolares del Imperio Nuevo (Belmonte Avilés y Lull García; 2009:162 y 167; Belmonte Avilés; 2012:57 y 70), Locher distribuye sus estrellas entre las constelaciones del pequeño cocodrilo y del león (Belmonte Avilés; 2012:68) y el zodíaco circular de Dendera, en el lugar que debiera ocupar Perseo, no fija ni la constelación griega, ni ninguna de sus equivalencias egipcias. Esta absoluta discreción entra en conflicto con la vital importancia que se le habría concedido a Algol en caso de que esta estrella se identificase con el verdadero resorte del almanaque egipcio y de sus engranajes mitológicos.

Sincretismo moderno

Otra explicación para el mito de Osiris, a medio camino entre la historia y la astronomía, es la que ha propuesto recientemente el arquitecto barcelonés Miquel Pérez-Sánchez Pla a través de su tesis doctoral, en la que este investigador se mueve “*en un contexto extremadamente controvertido sobre la interpretación de la Gran Pirámide*” (Belmonte Avilés; 2012:204). En sus planteamientos se entremezclan pasajes de las mitologías griega y bíblica con dos

mitos esenciales del repertorio cultural egipcio: el asesinato de Osiris a manos de Seth y la virulenta lucha habida entre Ra y la maléfica serpiente Apofis. El ahogamiento de Osiris en el cauce del Nilo vendría a simbolizar una bestial inundación o tsunami que habría arrasado las costas del continente africano a consecuencia del impacto de un cometa contra la Tierra, presuntamente, el 3 de octubre del año 3530 a.C. La posición del Sol sobre Escorpio, en las proximidades de la constelación Ofiuco, también conocida como Serpentario porque con ella se representa el cuerpo de un gigantesco ofidio, se encontraría detrás de la tradición que hace al astro rey y a Apofis enemigos acérrimos. Este carácter maligno de Ofiuco habría sobrevivido en otras culturas, según las afirmaciones de Pérez-Sánchez Pla, a través de relatos como el de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso por causa de un reptil; o la manzana griega de la discordia, causa última de la Guerra de Troya, cultivada en el Jardín de las Hespérides, en el extremo de occidente, y cuya custodia se había confiado al monstruoso Ladón, el dragón de las cien cabezas (Pérez-Sánchez Pla; 2016:415).

Además de otros aspectos históricos que no entraremos a valorar, Pérez-Sánchez Pla expone un imaginativo alegato a favor de la posibilidad de que los egipcios conociesen el ciclo cósmico de la precesión de los equinoccios, basándose en el número de fragmentos en que fue desmontada la barca funeraria de Keops: “*Las 1.224 piezas de la barca solar podían referirse a Keops transformado en un nuevo Osiris recorriendo la eternidad. Así, 1.224 es 17 veces 72; el 17 estaba asociado a Osiris al ser el día de su muerte, y representaría al faraón; y el 72 simbolizaría la eternidad de los 25.770 años de la precesión, ya que son los años en que el eje de la Tierra tarda en recorrer un grado de ésta*” (Pérez-Sánchez Pla; 2016:130). Y partiendo del mito de Sísifo, castigado a hacer rodar una enorme piedra ladera arriba por una empinada cuesta, teniendo que recomenzar esta infinita tarea una y otra vez, llega a la pintoresca conclusión de que, en lugar de un piramidión, el vértice de la Gran Pirámide estaría ocupado por una esfera dorada (Pérez-Sánchez Pla; 2016:203-05). No solamente eso, sino que gracias a una alineación del canal sur de la Cámara de la Reina con el planeta Marte, ocurrida el día 2 de octubre del año 2530 a.C., en las vísperas de cumplirse mil años desde el diluvio referido en el párrafo anterior, este investigador asocia dicho día a la inauguración de la pirámide, como marcador del aniversario de la muerte de Osiris (Pérez-Sánchez Pla; 2016:397-98).

Se debe disentir de estas ideas, más allá de su extravagancia, por la incongruencia temporal en que incurre la metodología empleada por Pérez-Sánchez Pla para validarlas: se apoya principalmente en los valores numéricos de las palabras con las que los



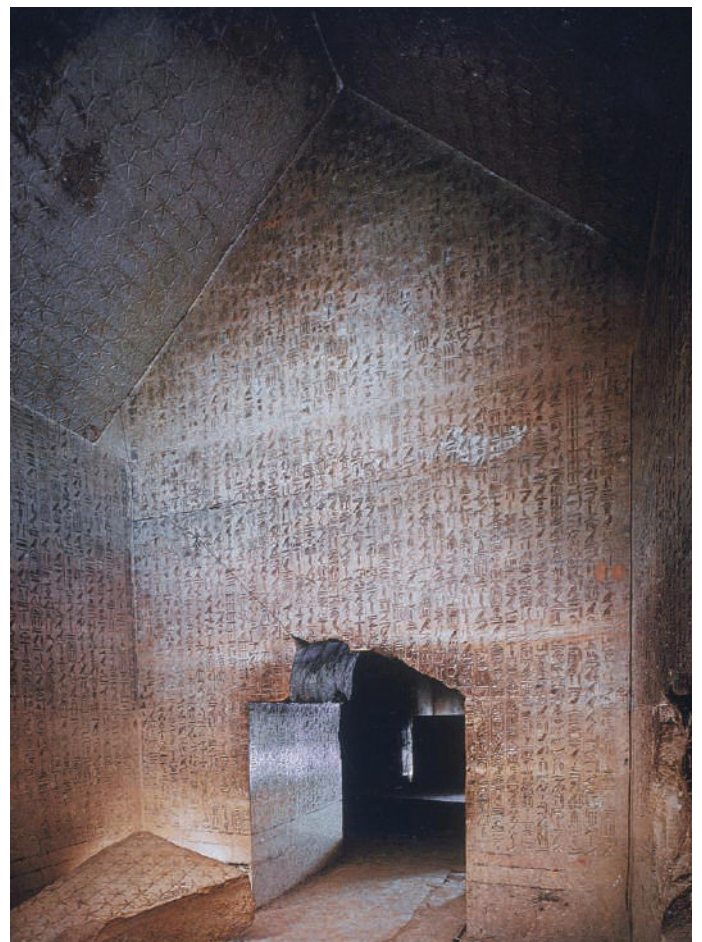
📷 ¿Preserva el mito de la lucha de Ra contra la serpiente Apofis el recuerdo de la caída de un meteorito contra la superficie terrestre? En la imagen, el Cráter de Barringer, provocado hace unos 50.000 años por el impacto del Canyon Diablo. | Chris Saulit.

griegos denominaron a personas, dioses y objetos del antiguo Egipto, a propósito de demostrar hechos ocurridos durante el reinado del faraón Keops, pese a que las evidencias arqueológicas muestran cómo el alfabeto griego fue desarrollado hacia el siglo IX a.C., cerca de 1700 años después de la construcción de la Gran Pirámide. Por poner un ejemplo: sería como tratar de buscar las razones por las que el Imperio Romano entró en crisis a la muerte del emperador Alejandro Severo, en el año 235, a partir de combinaciones de las letras y números que contiene su nombre escrito, por ejemplo, en esperanto, idioma inventado hacia el año 1887 por Ludwik Lejzer Zamenhof (1859-1917). El propio Pérez-Sánchez Pla reconoce el uso de métodos cabalísticos, caso de la numerología, que muchos judíos han empleado para desvelar los supuestos mensajes ocultos en la Torá; aplicar esta técnica al antiguo Egipto a fin de aproximarse a su fenómeno mítico-religioso podría resultar tan singular como interesante, de no ser por el hecho de que en el sistema jeroglífico los números cuentan con signos propios. Este revés obligaría a Pérez-Sánchez Pla a abordar el problema desde el alfabeto griego y, en consecuencia, a franquear la lógica del tiempo.

Astronomía y liturgia

Pero, más allá de lo que coligen los egiptólogos, ¿qué es lo que proponen los propios textos egipcios sobre la relación entre dioses y estrellas? Empezando por lo más básico, el primer intento por reunir las creencias religiosas del antiguo Egipto bajo un conjunto canónico de textos se puede constatar, al

menos, desde el último faraón de la dinastía V, Unis, cuyo mandato suele situarse entre los años 2342 y



📷 En las cámaras de la pirámide de Unis están grabados los *Textos de las Pirámides* más antiguos que se conservan. El techo, en dos aguas, se adorna con estrellas de cinco puntas. | Artstor.

2322 a.C. En el interior de su pirámide, las paredes están cubiertas por centenares de jeroglíficos, en donde se recoge la versión más antigua conocida de los *Textos de las Pirámides*. En realidad, no se trata de un relato ordenado y compacto, como cabría esperar, predispuestos, como estamos los investigadores, por las estructuras mentales de la religión judeo-cristiana, plasmada en orden cronológico y temático en la *Biblia*, o por la musulmana, establecida en el *Corán*. Lo cierto es que los *Textos de las Pirámides* se limitan a una sucesión, prácticamente inconexa, de conjuros y súplicas puestas en boca del rey difunto, entremezcladas con extrapolaciones de pasajes míticos que hacen singular énfasis en la constante lucha entre el bien y el mal, figurada a través de las batallas habidas entre Horus y Seth, los dos combatientes. En todo caso, el propósito de este repertorio mágico-religioso es garantizar la resurrección y vida eterna del faraón, ligando su alma a las revoluciones del Sol y de las estrellas. Pese a su tardía aparición, seis centurias más tarde de la unificación de las Dos Tierras, los analistas concuerdan en atribuir una antigüedad mucho mayor a las creencias religiosas y cosmológicas que subyacen a estos textos, remon- tables, incluso, al Período Predinástico, dado que algunas de las fórmulas de los *Textos de las Pirámides* ya están inscritas en las primitivas estelas y mastabas de las dinastías I y II, mucho antes del apogeo del Imperio Antiguo. Por otra parte, el hecho de que la primera copia date de los tiempos del faraón Unis no excluye la teoría de su codificación anterior bajo un canon único, dado que los muros pétreos de la pirámide de este faraón vienen a significar un soporte duradero, con muchas más probabilidades de sobrevivir a la acción corrosiva del tiempo frente a otras versiones en papiro, mucho más endeble y de complicada preservación a largo plazo, que podrían haber circulado con anterioridad.

Los *Textos de las Pirámides* se suelen organizar en algo más de 700 declaraciones. Tradicionalmente se ha hecho una lectura solar del destino del faraón, si bien en los últimos años se ha trabajado arduamente para exponer el elevado componente estelar de estos hechizos. Por una parte, ahí está la reciente traducción propuesta en 2016 por Susan Brind Morrow, divulgada a través de su polémico ensayo *The Downing Moon of the Mind*, también publicado bajo el nombre *The Silver Eye*, donde esta investigadora asume la existencia de un lenguaje poético, sofisticado y lleno de juegos de palabras, que subyace a la totalidad de los *Textos de las Pirámides*. Intuye, además, la presencia entre líneas de un complejo mapa estelar, denso y preciso, que hace sugerir a esta autora que “los egipcios no adoraban diosas o personalidades espirituales, sino más bien a los cielos mismos” y que “la Naturaleza por sí misma era sagrada y guardaba la promesa de la vida eterna”. Sin embargo, esta traducción no se ciñe al conteni-



El *Libro de los Muertos* se reprodujo en las tumbas reales del Imperio Nuevo, bajo techumbres estrelladas, como la de Nefertari en el Valle de las Reinas o esta bóveda de cañón del templo funerario de Hatshepsut, en Deir el-Bahari. | Mark Sullivan y Jim St. George.

do real de los textos, sino a las sensaciones que la traductora percibe e interpreta, lo que le ha valido numerosas críticas. Mucho más académico y reputado es el trabajo del egiptólogo alemán Rolf Krauss, quien en 1997 dio a conocer sus conclusiones en *Astronomische Konzepte und Jenseitsvorstellungen in den Pyramidentexten*, demostrando el profundo alcance y repercusión de la observación astronómica en los *Textos de las Pirámides*.

Como referencia, podemos incluir a continuación un pequeño repertorio de términos astronómicos que figuran en los *Textos de las Pirámides*, con la inclusión de algunas de las citas que mejor aclaran este destino estelar del faraón. De forma expresa, el nombre de Saturno, “Toro del Cielo”, es referido en 12 ocasiones. Venus podría ser la “Estrella Solitaria” en 7 conjuros y la “Estrella Matutina” o “de la Mañana” en 17. Por su parte, la Vía Láctea es citada en multitud de ocasiones, a veces como “Camino de las Estrellas”, si bien en la mayor parte de los casos se la denomina, sugerentemente, “Canal Sinuoso”, tal y como se lee en 33 pasajes; además, el cuerpo de la diosa Nut, tatuado de estrellas, podría ser, igualmente, una abstracción de esta sección específica de la bóveda celeste. La mención a las “Estrellas im-



📷 Nut, cuyo cuerpo arqueado se extiende sobre el de su esposo Geb, la Tierra, podría ser la personificación de la Vía Láctea. Wadi Al-Hitan, en pleno Sahara, a 250 km. al suroeste de El Cairo. | Samy Al Olabi.

perecederas” se puede rastrear hasta 45 veces. Se alude a la constelación de Orión en 26 ocasiones y a la estrella Sirio en 24, si bien la Osa Mayor sólo aparece como tal en una. El Sol y la Luna desfilan de forma incansable por prácticamente todas las declaraciones, a través de un sinfín de metáforas que suelen tener por protagonistas a los dioses Ra y Tot. Es probable que muchos otros indicadores se nos pasen por alto en esta breve síntesis sobre la relación del cielo nocturno y los *Textos de las Pirámides* pero sirve, al menos, para ratificar el destino estelar de los difuntos. Máxime, cuando estos elementos astronómicos suelen manifestarse de forma combinada, creando pasajes donde fácilmente se puede reconocer el movimiento de los propios cuerpos celestes.

En relación con la Vía Láctea, muchos de los conjuros son iteraciones de una misma idea. Su nombre aparece expresado en jeroglíficos como Canal Sinuoso, *mr nh3*, pues parece que los egipcios visualizaron estos meandros de estrellas como un serpenteante curso de agua: “*Los Campos de Juncos están llenos (de agua), yo cruzo por el Canal Sinuoso, soy transportado al lado oriental del horizonte, soy transportado por el lado oriental del cielo y mi hermana es Sirio, mi hija es la luz del amanecer*” (Declaración 263). Una variante de este mismo texto aparece en la Declaración 264, añadiendo que el Canal Sinuoso es el mismo “*lugar donde los dioses me formaron, donde nací, nuevo y joven*”, mientras que en la 265 se añade que la Vía Láctea también es el lugar de nacimiento de los propios dioses.

Una reciente investigación de las universidades de Lund, en Suecia, y de Wits, en Sudáfrica, ha demostrado cómo el escarabajo pelotero se orienta de noche gracias al brillo de la Vía Láctea; siendo éste uno de los insectos que gozó de mayor grado de sacralización dentro de la cultura egipcia, al conferírsele un profundo simbolismo centrado en los ciclos del tiempo, la regeneración solar, la perdurabilidad de las almas y la vida eterna. El Canal Sinuoso surca el cielo, aproximadamente, en una trayectoria sur-norte, al ser visto de canto desde el planeta Tierra, por encontrarse nuestro Sol en uno de los brazos más externos de la espiral galáctica. Este sendero de luz habría servido al faraón difunto para trasladarse en su barca desde los Campos de los Juncos hasta las estrellas circumpolares, tal y como queda explicado en el número 13 de Egiptología 2.0, gracias a la traducción de los piramidiones de Nimaatra Amenemhat III y Userkara Jendyer, cuya lectura corroboran también los *Textos de las Pirámides*: “*Él sube a bordo de la barca de Ra [Sol] en las orillas del Canal Sinuoso, este Rey rema en la Barca del Relámpago, navega en ella al Campo de los Cielos Inferiores en esta parte meridional del Campo de los Juncos*” (Declaración 548). Aquí, los Campos de los Juncos parecen ser una región concreta de los cielos sureños que, al interpretarse como zona de marismas, podría equivaler a la franja de la Vía Láctea más próxima a la línea del horizonte. Por su parte, el tan recurrente paso hacia el lado oriental del cielo solamente encaja, en términos astronómicos, con la retrogradación de los planetas: mientras Sol, Luna y estrellas viajan

siempre hacia el oeste, los planetas, vistos desde la Tierra, parecen experimentar una leve marcha atrás sobre el plano de la eclíptica, como si retornasen al oriente, un fenómeno que se produce al conjugar las distintas órbitas y velocidades a las que se mueven la Tierra y los demás planetas del Sistema Solar. Es más evidente en los planetas exteriores, como Marte, Júpiter o Saturno: la órbita de la Tierra, al ser más pequeña, alcanza la posición de los planetas exteriores, para luego superarlos. Que los egipcios se percataron de esta ilusión óptica queda patente a través del nombre con que bautizaron a Marte: *sb3 imnt skdd.f m htht*, esto es, la estrella occidental que cruza el cielo en sentido retrógrado.

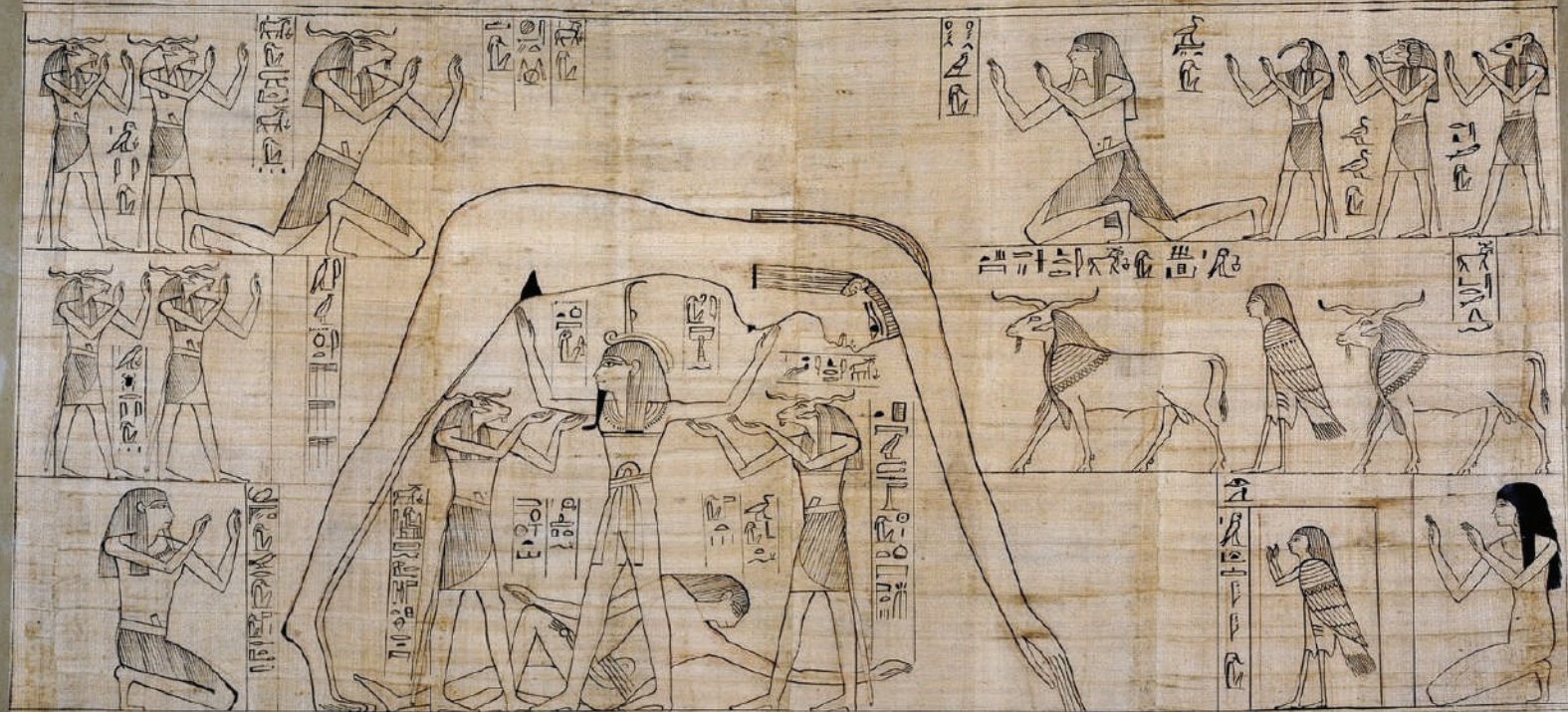
En el Sistema Solar el sentido de marcha vigente es el antihorario, aunque a lo largo y ancho de nuestro vecindario espacial se verifican algunas notables excepciones, además de la referida en el párrafo anterior, empezando por Venus, cuya rotación alrededor de su propio eje se produce en sentido retrógrado, de forma que sus amaneceres se producen en el oeste, mientras los ocasos se vislumbran en oriente. Más lejos, decenas de pequeños satélites naturales repartidos entre los gigantes gaseosos orbitan entorno a Júpiter y Saturno siguiendo el sentido retrógrado. Por su parte, Tritón, en Neptuno, es la única de las grandes lunas —por tamaños, se trata de la séptima de todo el Sistema Solar— que sigue este modelo. Es el caso, también, de muchos cometas, cuyo exponente más conocido es el Halley, que da la vuelta alrededor del Sol, igualmente, en sentido retrógrado.

Las puertas de la Duat

Osiris, al protagonizar su propia resurrección, lo hace bajo su nombre de “*Orión, largo de piernas y de larga zancada, que preside sobre el Alto Egipto*” (Declaración 477), esto es, la zona sur del país, por ser los cielos del meridión donde se puede contemplar la constelación de Orión, cuyos amplios pasos la llevan desde el oriente hasta el occidente, culminando a gran altura sobre el meridiano. Los *Textos de las Pirámides* consideran que la Duat, destino de las almas de los difuntos, es un enclave específico del firmamento, un reino celeste que, precisamente, se extendería alrededor de las constelaciones de Orión y el Can Mayor, cuyo portal más propicio quedaría abierto mientras estas estrellas se encuentran sobre el horizonte occidental, justo antes de ser transferidas al mundo inferior: “*Orión es rodeado por la Duat, puro y vigoroso en el horizonte. Sirio es rodeada por la Duat, pura y vigorosa en el horizonte. Yo soy rodeado por la Duat, puro y vigoroso en el horizonte*” (Declaración 216). Para llegar a esta región celeste, el difunto encontraría, a su disposición, una escalera en el cielo del sur: “*He subido por la escala con mi pie sobre Orión*” (Declaración 625). En otros pasajes se refuerza esta misma lectura: “*Has cruzado el Ca-*

nal Sinuoso [Vía Láctea] en el norte del cielo como una estrella que atraviesa el mar que está bajo el cielo. La Duat ha asido tu mano en el lugar donde se encuentra Orión, el Toro del Cielo [Saturno] te ha dado su mano (...). Él [Anubis] te coloca como la Estrella de la Mañana [¿Venus?] en el corazón de los Campos de Juncos” (Declaración 437). Una variante de la anterior fórmula dice así: “*Que se ponga una escalera hacia la Duat para ti en el lugar donde está Orión, que el Toro del Cielo [Saturno] tome tu mano (...). Ra te convoca en el cenit del cielo como el Chacal, el Gobernador de las Dos Enéadas y como Horus hntymnitf, que él te ponga como la Estrella Matutina [¿Venus?] en medio del Campo de Juncos. La puerta del cielo en el horizonte se abre para ti, los dioses están contentos de encontrarte como la estrella que cruza el mar bajo la parte inferior del cielo en esta dignidad tuya que salió de la boca de Ra*” (Declaración 610).

Existen varias razones por las que la puerta de acceso a la Duat se encuentra en las inmediaciones de la constelación de Orión. Por una parte, porque este conjunto de estrellas representa al dios que gobierna los destinos del inframundo, Osiris, ante el cual el difunto debía ser presentado para ser juzgado por sus buenas y malas obras. En el caso específico del faraón, Osiris es más que un juez: se trata de una auténtica proyección de sí mismo con la que está destinado a reunirse. Al rey difunto se le dice “*alcanzarás el cielo como Orión, serás tan efectivo como Sirio (...). Tú te cogerás de la mano de las Estrellas Imperecederas (...). Las puertas del cielo están abiertas para ti, las puertas del cielo estrellado están abiertas para ti (...). Juzga a los dioses, porque perteneces a las estrellas que rodean a Ra, que están delante de la Estrella Matutina [¿Venus?], has nacido en tus meses como la Luna, Ra se apoya sobre ti en el horizonte, las Estrellas Imperecederas te siguen (...). El cielo no estará desprovisto de ti nunca más*” (Declaración 412), a medida que navegó arriba por el Nilo celestial, esto es, la Vía Láctea. Osiris es, por lo tanto, tomado como un “*habitante de Orión*” (Declaración 219) y sus revoluciones por el cielo tienen lugar bajo la apariencia de esta constelación: “*Observa, ha venido como Orión. Osiris ha llegado como Orión, Señor del Vino [¿la vendimia?] en el Festival w3g. Mi amado, dijo su madre; mi heredero, dijo su padre de aquél a quien el cielo concibió y la luz del alba dio a luz. Oh, rey, el cielo te concibe con Orión, la luz del alba te da a luz con Orión. Aquel que vive, vive por el mandato de los dioses, y tú vives. Ascenderás regularmente con Orión desde la región oriental del cielo, descenderás regularmente con Orión en la región occidental del cielo. El tercero de vosotros es Sirio, pura de tronos, y ella es quien os guiará sobre los hermosos caminos que están en el cielo, en el Campo de Juncos*” (Declaración 442). Una fórmula similar dice lo siguiente: “*Oh, rey, eres*



🗨 Viñeta del *Libro de los Muertos* de la dama Nesitanebtashru (*Papiro Greenfield*, en el Museo Briático, con signatura EA10554,87), con Nut y Geb separados por su padre, Shu. | British Museum.

esa gran estrella, el compañero de Orión, que cruza el cielo con Orión, que navega por la Duat con Osiris; asciendes desde el lado este del cielo, siendo renovado a tu debido tiempo y rejuvenecido a tu debido tiempo. El cielo te ha dado a luz con Orión, el año ha puesto una cinta sobre ti con Osiris, el gran poste de amarre clama por ti como (por) Osiris en su sufrimiento” (Declaración 466), donde el gran poste es equivalente a la constelación del noray, en el cielo circumpolar, asociada a la región exacta donde se encuentra el polo norte celeste, como poste de amarre alrededor del cual parecen orbitar al resto de los objetos del firmamento nocturno.

Los *Textos de las Pirámides* nos ayudan a comprender por qué razón el punto de encuentro entre el reino de los vivos y el de los difuntos se encuentra en las inmediaciones de Orión, más allá de la belleza y preponderancia de esta constelación sobre las demás del cielo nocturno: “Nut ha puesto sus manos sobre ti, Oh, Rey, precisamente ella cuyo pelo es largo y cuyos pechos cuelgan; ella misma te lleva al cielo, nunca arrojará al Rey a la tierra. Ella te lleva, Oh, Rey, como Orión, ella establece tu morada a la cabeza de los Cónclaves. El Rey subirá a bordo de la barca como Ra a las orillas del Canal Sinuoso [Vía Láctea], el Rey será conducido a remo por las Estrellas Infatigables [los planetas] y dará órdenes a las Estrellas Imperecederas” (Declaración 697). En efecto, tanto el Sol, como la Luna y los planetas, son vistos para un observador situado en la Tierra desplazándose sobre una línea imaginaria conocida

como plano de la eclíptica, que une las 12 constelaciones o casas zodiacales. Este plano sufre dos intersecciones con la Vía Láctea, la primera, entre las constelaciones de Escorpio y Sagitario, que en los tiempos del Imperio Antiguo, en plena Era de Tauro, coincidía en el horizonte durante el equinoccio de otoño; la segunda, entre las constelaciones de Géminis y Tauro que, para el mismo período, marcaba el equinoccio de primavera. La importancia radica en que esta última región del cielo era para los egip-



🗨 Detalle del sarcófago de granito rosa del faraón Ramsés III Heqaiunu, en las salas del Museo del Louvre. Entre sus grabados figuran los capítulos séptimo y octavo del *Libro de Amduat*, un mapa de las regiones de ultratumba. | D0gwalker.

cios, casi con total certeza, parte integrante o, cuando menos, limítrofe, de la constelación de Orión, de manera que cobra total sentido la existencia aquí de un portal astronómico hacia la Duat. Además, este hecho significa que la mención de Orión, el Canal Sinuoso (Vía Láctea), el Toro del Cielo (Saturno) y la Estrella de la Mañana (¿Venus?) en un mismo pasaje se hace eco de un escenario astronómico real y verificable. La Duat, extendiéndose entre estas estrellas, se convierte en el hogar eterno del alma del faraón difunto: “*Su hermano es Orión, su hermana es Sirio. Y él se sienta entre (ellos) en esta tierra para siempre*” (Declaración 691A).

El plano de la eclíptica

La simbiosis que se suscita entre el faraón difunto y su destino estelar llega a tal punto que, para evitar que los demás dioses le nieguen esta metamorfosis, chantajea incluso al Sol con acabar con el orden cósmico que rige el movimiento de las constelaciones: “*El nacimiento de Orión será impedido si me impides llegar al lugar donde estás. El nacimiento de Sirio será impedido si me impides llegar al lugar donde estás (...). A la tripulación de las Estrellas Imperecederas se le impedirá llevarte a remo, si les impides dejarme ir a bordo de esta barca tuya*” (Declaración 569), donde se mencionan otros elementos que podrían y deberían ser identificados con constelacio-

nes, como Serket (diosa que personifica a los escorpiones y que se representa entre las constelaciones circumpolares en las techumbres del Imperio Nuevo), Upuaut (el dios chacal que abre los caminos de la Duat y cuya silueta ocupa el polo norte celeste en el famoso zodíaco circular de Dendera), el “Ilimitado en el horizonte” o los dos babuinos (que parecen simbolizar la aurora saludando al Sol matutino, con sus brazos extendidos hacia oriente, al igual que los que adornan el friso del templo mayor de Abu Simbel).

Otro tanto ocurre con la Serpiente Celestial, que se cita en un más que evidente contexto astronómico: “*Yo estoy destinado al Campo de Vida, la morada de Ra en el firmamento, he encontrado a la Serpiente Celestial, la hija de Anubis*” (Declaración 515). Este ofidio, cuyo nombre en jeroglíficos, *kbhwt*, Quebehut, significa “agua fresca”, se suele representar con el cuerpo cubierto de estrellas y, en ocasiones, tomando la forma de un avestruz. Es la aguadora que lleva bebida a los occidentales y, durante el proceso de momificación, ayuda a su padre a purificar mediante abluciones el cuerpo del difunto. En la Declaración 304, donde se recoge la ascensión del Rey por la escalera celestial, también figura esta constelación en las proximidades de la Vía Láctea, junto a la Avestruz y el Toro de Ra: “*¡Saludos a ti, hija de Anubis, que estás en las ventanas del cielo, la compañera de*



El toro que habita en el castillo rojo (¿Híades?), junto a las siete vacas sagradas (¿Pléyades?) y los cuatro remos del cielo (los puntos cardinales), en la tumba de Nefertari. | Kairoinfo4you.

Thot, que estás en los soportes de la escala! Abre mi camino para que yo pueda pasar. ¡Saludos a ti, Avestruz que estás en la orilla del Canal Sinuoso! Abre mi camino para que pueda pasar. ¡Saludos a ti, Toro de Ra que tienes cuatro cuernos, uno al oeste, otro al este, otro al sur y otro al norte! Dobla tu cuerno occidental para que yo pueda pasar". El Toro de Ra, protector de los caminos del cielo, que Ernest Wallis Budge (1857-1934) considera la paredra de Hathor, no puede equivaler a Saturno pues, más que un único punto de luz, los cuatro cuernos del Toro de Ra, orientados hacia los cuatro puntos cardinales, parecen aludir a un grupo romboidal de estrellas. Su encarnación física es Mnevis, el toro negro criado por el clero de Heliópolis y relacionado con la agricultura. Como paredra de Hathor, quizá haya que localizar este asterismo en los cuernos de la actual constelación Tauro, en las cuatro estrellas más brillantes de las Híades, dispuestas, efectivamente, formando un cuadrilátero: Aldebarán (que llegó a ser llamada *Oculus Australis*, el "ojo del sur"), Ain (que, en contrapartida, se denominó *Oculus Borealis*, el "ojo del norte"), Elnath (palabra que en árabe significa "el que da cornadas") y Al Hecka (que en la antigua Babilonia era nombrada Shurnarkabti-sha-shutu, o lo que es igual, "la estrella del cuerno sur del toro"). Cabe señalar que estas dos últimas luminarias, vistas desde la Tierra, se dibujan sobre el perfil de la Vía Láctea, concordando con el panorama descrito por la Declaración 304.

La Era de Tauro se extendió, aproximadamente, entre los años 4300 y 2150 a.C. Así, el orto helíaco de esta constelación anunciaba la llegada de la primavera que, en el calendario agrícola de los egipcios, se relacionaba con la recolección de los frutos. De ahí que también Mnevis, el toro consagrado a Ra, adoptase esta significación. Frente a este hecho, la trascendental importancia que en el antiguo Egipto se le atribuyó al solsticio estival, sugiere que igual o mayor valor debió de concedérsele al grupo de estrellas sobre las cuales se encontraba el Sol durante dicho día. No fue otra constelación que Leo, cuya estrella principal, Régulo, hacia el año 2400 a.C., más o menos la fecha en la que se inscribieron los *Textos de las Pirámides* sobre las tumbas faraónicas de la V y VI dinastía, brillaba exactamente sobre el punto solsticial, para el hemisferio norte: su culmen a medianoche coincidía entonces con el solsticio de invierno, mientras que su culmen a mediodía marcaba el solsticio de verano.

"Puede corresponderse con el Leo zodiacal. Realmente, Leo es una de las pocas constelaciones en la que un observador puede reconocer fácilmente la forma del animal que simboliza. No sería descartable que los egipcios también hubieran recreado la figura de un león en este grupo de estrellas. Por otra parte, tanto en los techos de Seti I como en el de Tausert y



☐ Durante la Era de las Pirámides, el solsticio de verano encontraba al Sol sobre la constelación de Leo. Dibujo de Alexander Jamieson. | Wikimedia Commons.

Ramsés VI, el León se asocia a un pájaro, al que no acompañan jeroglíficos que lo identifiquen. En ambos casos éste mira en dirección opuesta. Aunque el pájaro no se encuentra más que en tres techos astronómicos, en el zodiaco de Denderah lo volvemos a hallar tras la figura de la constelación de Leo, igualmente mirando en dirección opuesta. Esto refuerza más la posibilidad de que el Leo zodiacal y el de los techos astronómicos sean realmente el mismo" (Lull; 2004:232).

En los *Textos de las Pirámides*, la Declaración 688 menciona a un doble dios león, cerca de la escalera del cielo, en un entorno próximo también a la eclíptica, por coincidir allí con Saturno, el Toro del Cielo. Este doble león se refiere como parte integrante del trono celestial del faraón difunto, no muy lejos de Sirio y del planeta Venus: "Yo asciendo al cielo entre las Estrellas Imperecederas, mi hermana es Sotis [Sirio], mi guía es la Estrella Matutina [¿Venus?], y ellas toman mi mano junto al Campo de las Ofrendas. Me siento en este trono de metal mío, cuyos lados son los de los leones y sus pies son los cascos del Gran Toro Salvaje" (Declaración 509). Una versión más abreviada dice: "Tu hermana es Sotis, tu descendencia es la Estrella Matutina y te sentarás

entre ellas en el gran trono que está en la presencia de las Dos Enéadas” (Declaración 609). Las declaraciones 266, 504 y 507 reiteran estos parentescos, con la novedad, en esta última, de afirmar que el padre del faraón difunto es la Luna, cuerpo celeste que, al igual que los planetas, también desfila sobre el plano de la eclíptica. En efecto, alguna imagen del dios Osiris-lah lo muestra sentado sobre un trono soportado por dos leones (Alegre García; 2017).

Más allá de las metáforas astronómicas presentes en los mitos egipcios, no es descabellado vislumbrar en las grandes avenidas de esfinges que guardaban la entrada de los templos egipcios, orientados en muchos casos hacia la posición del Sol en los solsticios, una especie de réplicas terrenales de la constelación Leo protegiendo al dios Ra en el día más importante de todo el calendario. La Gran Esfinge de Guiza mira exactamente hacia el oriente, donde el león divino surgía al amanecer, junto al Sol, durante el solsticio de verano en el Imperio Antiguo, a la vez que Sirio despuntaba en el sur, anunciando la bendición de los dioses, otro año más, gracias a la inminente crecida del Nilo.

Leo es, en efecto, la única de las constelaciones zodiacales representadas en Dendera que realizan su singladura por el firmamento en el interior de un navío, lo que significa que estaba atravesando el Cielo en la barca solar, en la compañía del dios Ra. Es una metáfora bastante sencilla de la conjunción de la constelación de Leo con el disco solar, hecho que realmente se verificó durante el solsticio estival en el período comprendido entre los años 4300 y 2150 a.C según las eras egipcias. Existe, además, una prueba textual que demuestra, sin lugar a dudas, que los egipcios dejaron por escrito observaciones de la constelación Leo durante el solsticio de verano. Se trata de una apreciación del escritor griego Plutarco, quien asocia la presencia de esta constelación sobre el horizonte al momento del año en el que se produce la crecida del Nilo, esto es, en torno a las fechas del solsticio de verano: “*De las estrellas [los egipcios] consideran a Sirio de Isis, porque trae agua [esto es, su aparición helíaca indica la crecida del Nilo], y honran también al León y adornan las puertas de sus santuarios con fauces de león abiertas porque el Nilo se desborda cuando por primera vez el sol entra en conjunción con León (De Iside et Osiride, 365 F – 366 A).* Durante la época en la que Plutarco escribió el presente texto, entre los años 85 y 126 d.C., la constelación que coronaba el amanecer durante el solsticio estival era Géminis y no Leo. Por lo tanto, esta descripción de las filiaciones astronómicas de los egipcios debe recoger una tradición que se remontaría, como mínimo, al período en que la constelación leonina se manifestaba en coincidencia con el 21 de junio, durante la Era de Tauro. En este mismo sentido, es interesante observar cómo

en el ordenamiento de las constelaciones zodiacales del templo de Jnum en Esna es Leo la que ocupa el puesto de salida, al comienzo del año egipcio. Pese a estar fechado en tiempos del faraón Ptolomeo III Evergetes, lo cierto es que los cimientos de esta estructura se remontan, cuando menos, a la época de Aajeperenra Tutmosis II. También el templo de Hathor en Dendera, cuya traza actual data del Período Helenístico, resulta ser la reconstrucción moderna de una estructura mucho anterior, ya existente en tiempos del faraón Meryra Pepy I, a principios de la sexta dinastía. Es posible que en sus lienzos se entremezclen las tradiciones de ambas épocas, como parece acontecer en las inscripciones del templo de Horus en Edfu, justificando así la aparente paradoja temporal expresada en los zodíacos mixtos grecoegipcios.

Las escuadras del mundo

Otra referencia que aparece decenas de veces en los *Textos de las Pirámides* y que podría tener su contrapartida en la bóveda celeste es el Ojo de Horus. En varios pasajes, como la Declaración 359, se integra dentro de un clarísimo contexto nocturno, con alusiones a la Luna y a la Vía Láctea, si bien en la mayor parte de los casos, se trataría de un simple amuleto. Rolf Krauss lo equipara a Venus, aunque lo más frecuente es relacionarlo con la Luna, como ocurre en el techo astronómico de la sala hipóstila del templo de Dendera, donde el Ojo de Horus se representa en el interior de dos discos lunares: en el primero, precedido, a la izquierda, de una escalinata por la que ascienden 14 deidades asociadas a los 14 días que abarcan desde el novilunio hasta el plenilunio; y en el segundo, sobre la barca lunar, acompañado por otras 14 deidades que representan el menguante. No obstante, esta imagen procede del Período Helenístico de Egipto, que se caracterizó, a nivel cultural, por un intenso sincretismo religioso promovido desde el propio palacio real para contentar por igual tanto a los súbditos griegos como a los egipcios. En la misma medida en que el Ojo de Horus pudo haber sido objeto de catasterización, lo mismo sucede con los testículos de Seth.

Por su parte, los cuatro hijos de Horus, como espíritus de naturaleza cósmica, se suelen asimilar a los puntos cardinales, conjuntamente con las cuatro plañideras divinas, que extendían sus alas sobre las cuatro aristas del sarcófago del faraón, a fin de socorrerlo en su viaje al más allá: Amset, con cabeza humana, es guardián del sur y ayudante de Isis, hecho que también conviene a Sirio en calidad de estrella meridional; Hapy, con cabeza de babuino, protege el norte bajo la custodia de Neftis, lo que concuerda con el carácter septentrional de la constelación Draco; Duamutef defiende el este, en compañía de Neit; mientras Quebesenuf ampara el oeste, con el apoyo



🗨 El Ojo de Horus dentro del disco lunar, en la techumbre astronómica de Dendera. | Wikimedia Commons.

de Serket. Precisamente, en los planisferios celestes del antiguo Egipto se muestra a *srkt*, la diosa tocada por un escorpión, entre las constelaciones del firmamento circumpolar, en un lugar indeterminado, bastante próximo al Muslo de Seth: *“esta frustrante falta de información se traduce en su localización en tantos lugares posibles de la bóveda celeste como investigadores han tratado de identificarla: estrellas secundarias de la Osa Mayor según Beigel, Coma Berenices según Chatley, Virgo según Davies, o en las estrellas de Draco según Etz, por mencionar sólo los más destacados. Lamentablemente, también hay que resaltar nuestra propia falta de consenso. Mi colega José Lull la localiza en la Osa Menor y Draco, mientras que el autor está de acuerdo con Davies y sitúa a Selkis en un sector de la constelación de Virgo”* (Belmonte Avilés; 2012:62). La relación de la Osa Mayor y la Menor con Seth, y la de Draco con Neftis, excluiría *a priori* a estas constelaciones de una hipotética identificación con Serket. Además, triangulando su posición a partir de las cartas astronómicas del Imperio Nuevo, la ubicación del buey y



🗨 La diosa escorpión, Serket, protegiendo uno de los laterales del templo canópico de Tutankamón, en el Museo Egipcio de El Cairo. | Mercedes Blanco



🗨 Vasos canopos, en el Museo Británico (EA57368), destinados a contener las vísceras de un difunto llamado Psamtek. Toman su apariencia de la de los cuatro hijos de Horus. | British Museum.

del león situaría a Serket, quizás, en el área donde confluyen Coma Berenices, Bootes y Virgo. Precisamente, durante el Imperio Nuevo, el Sol resplandecía sobre Virgo entre finales de agosto y mediados de septiembre, mientras que, en plena Era de las Pirámides, este fenómeno ocurría entre finales de julio y mediados de agosto, señalando tanto el este durante la aurora como el oeste durante el crepúsculo.

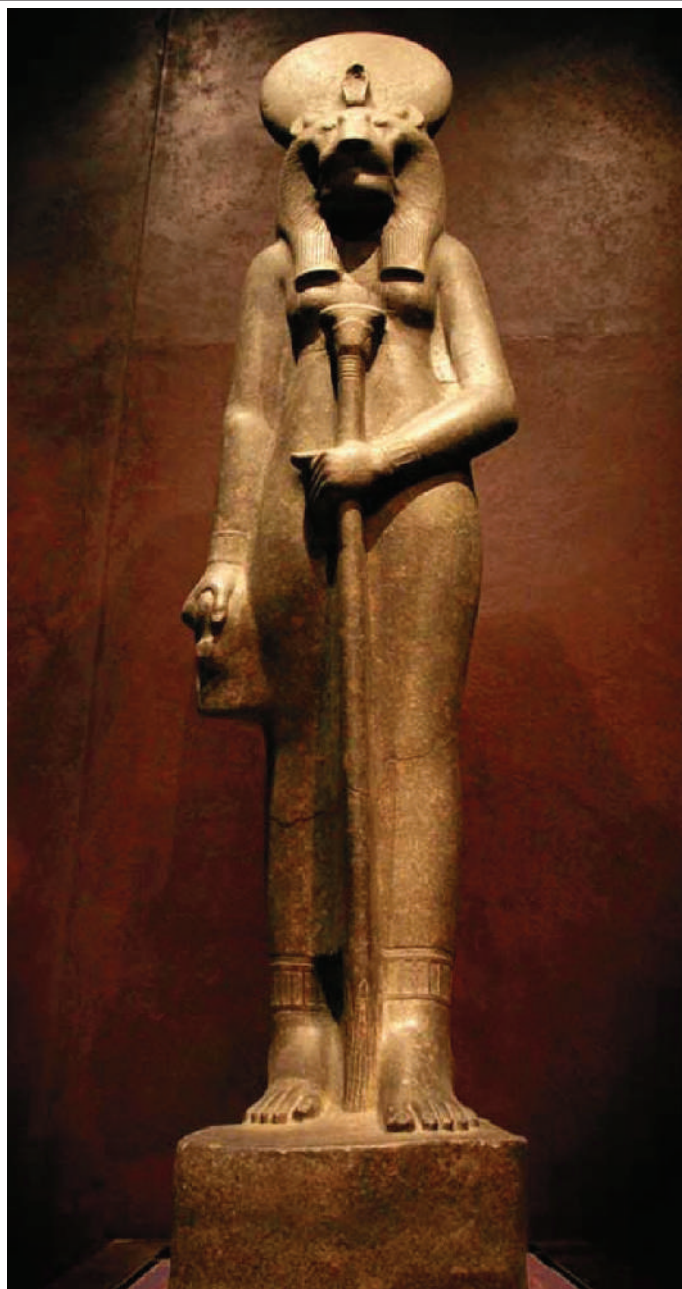
A diferencia de las otras tres plañideras, no se ha popularizado ninguna equivalencia celeste para Neit. Las fiestas que se tributaban a esta diosa tenían lugar el día 23 de Ta-Aabet (hacia el 10 de noviembre)

y el 11 de Pa-en-Mejer (hacia el 28 de noviembre). Además, en la época romana, ocho días antes de los idus de diciembre, el 8 de dicho mes, se celebraba un festival en su honor. Considerando estas fechas en tiempos de los faraones, astronómicamente, el Sol cabalgaba a lomos de las constelaciones de Escorpio y Sagitario; donde los sacerdotes horarios dispusieron la constelación de la barca (Lull García; 2004:255). Por otra parte, considerando a Neit como el contrapunto oriental de Serket, se podría entonces vincular a la primera de ambas diosas con Piscis, pues mientras esta constelación prorrumpe en el este, Virgo se escabulle por el oeste. El capítulo 32 del *Libro de los Muertos* compara los horizontes occidental y oriental con las mandíbulas dentadas de dos cocodrilos, los cuales se alimentan a base de las estrellas imperecederas que levitan en la negritud de la noche; mientras el capítulo 148 define a los puntos cardinales como los cuatro timones o remos del cielo.

Astronomía y mito

El cúmulo de evidencias descubiertas en las fuentes originales del antiguo Egipto ha permitido que, al menos, este subtexto astronómico se haya reconocido con carácter general, más allá del repertorio de autores citado con anterioridad, aunque tan solamente para algunos casos específicos. Además, el significado de los mitemas sigue contemplándose con cierta ambigüedad, de forma que, aun intuyendo el sentido astronómico de algunas narraciones del ciclo mitológico, se trata de explicar estos relatos mediante un abanico abierto de posibilidades, tal y como se puede observar en la siguiente interpretación de la huida y retorno de la diosa lejana:

“La polisemia se aprecia en el mitema del regreso de la diosa solar leonina (identificada con diferentes divinidades –Tefnut, Hathor o Sejmet-), que es hija del dios Re y que después de huir del país enfurecida con su padre vuelve a Egipto. Uno de los niveles de significación se enmarca en la esfera cósmica o natural, dentro de la cual la noción mítica puede aludir a varios hechos. En primer lugar, al regreso de la crecida del Nilo, de forma que en muchas variantes de este mitema la huida de la diosa se produce en dirección meridional y su regreso desde Nubia se identifica con la llegada de la nueva inundación. En segundo lugar, puede existir una referencia a los solsticios de verano, en cuyo caso la partida de la diosa a Nubia sería la causa mítica de las diferencias de posición del Sol en la eclíptica entre el verano y el invierno. En tercer lugar, puede haber una alusión al nuevo amanecer como en el Libro de la Vaca Celeste. En esta narración mitológica, la masacre causada por la diosa entre los humanos anticipa la salida del Sol y el enrojecimiento del cielo al alba” (Díaz-Iglesias Llanos; 2014:19).



■ Estatua de granodiorita, esculpiendo la imagen de la diosa lejana, Sejmet, en una de las salas del Museo Egipcio de Turín.
| Università di Bologna.

Mayor consenso existe para el sentido de otros mitos, como la pérdida del Ojo de Horus, durante el aguerido combate que éste mantuvo con su tío Seth y que ya desde los tiempos de Plutarco de Queronea se ha venido asimilando los eclipses. Se trata de un mitema muy similar a la pérdida del Ojo de Ra, el Sol, que este dios trata de paliar mediante la fabricación de un nuevo óculo, cuyas propiedades resultan ser inferiores al original. Cuando Shu y Tefnut encuentran el verdadero Ojo de Ra y se lo devuelven a su propietario, el Ojo se muestra tan disgustado por haber sido suplantado que el dios Sol, para compensarlo, lo coloca en lo alto de su frente, bajo la forma del ureo, la serpiente que tiene como cometido defender a la persona del faraón y a la dinastía reinante. Todavía en manuales recientes se sigue descifrando la ausencia del Ojo de Ra como

una mención velada a los eclipses solares (Pinch; 2004:130), lo cual explicaría que, a pesar de tratarse de eventos tan vistosos y llamativos, apenas se haya podido localizar un puñado de referencias más o menos explícitas en los textos egipcios, como es el caso del eclipse solar acontecido después de la muerte de Uahibra Psamético I que se contiene en el papiro demótico Berlín 13588 o el eclipse lunar de la *Crónica del Príncipe Osorkon* (Lull García; 2004:173-75), además de un par de representaciones pictóricas en el zodíaco circular de Dendera, que parecen aludir al eclipse solar en Piscis del 3 de marzo del año 51 a.C. y al eclipse lunar del 25 de septiembre del año 52 a.C. (Egiptomanía; 1997: II, 474-75).

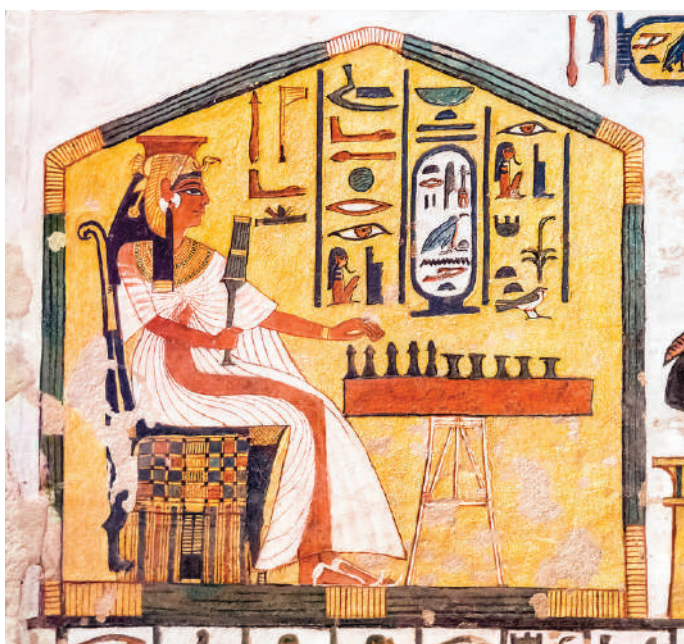
La lucha entre Horus y Seth recuerda, en parte, a la mitología nórdica, donde la diosa solar Sól es perseguida por el lobo Sköll, que consigue eclipsarla cada vez que le da alcance. Lo mismo acontece con el dios lunar Máni, que queda envuelto en la oscuridad cuando se cruza con el lobo Hati.

Otro de los mitos en que resulta más sencillo apreciar su profunda y arraigada naturaleza astronómica y que no parece ofrecer demasiadas dudas para el común de los egiptólogos, entre otras razones, por la propia materia que en él se aborda, es el mito del nacimiento de los cinco dioses, hijos de la pareja divina conformada por Geb y Nut. Muchos documentos que se han preservado, como es el caso de una de las viñetas del papiro funerario de la princesa Nesitanebtashru, de la dinastía XXI, también conocido como *Papiro Greenfield*, atestiguan cómo la diosa del cielo y el dios de la Tierra se hallan separados por el padre de ambos, el dios del aire, Shu, obcecado por impedir la unión de sus dos vástagos. Esta tradición ancestral llegaría a oídos de Plutarco de

Queronea, en los tiempos de la dominación romana: *“Dicen que, cuando Rea [la diosa Nut] tuvo relaciones secretamente con Crono [el dios Geb], el Sol [el dios Atum-Ra] al darse cuenta pronunció una imprecación contra ella: que no diese a luz en ningún mes o año. Pero Hermes [el dios Tot] estando enamorado de la diosa se unió a ella, y luego jugando a las damas con la Luna le arrebató la septuagésima de cada uno de sus períodos de iluminación, y con todas las ganancias compuso cinco días, y los añadió a los trescientos sesenta. A éstos aun actualmente los egipcios los llaman “adicionales” y celebran en ellos el nacimiento de los dioses”* (Plutarco, *De Iside et Osiride*; 355 D – E).

Este mito se hace eco, en realidad, de la invención del calendario egipcio, que cuenta con un período general de 360 días estructurado en tres estaciones (*3ht*, “la inudación”; *prrt*, “la siembra”; y *šmw*, “la cosecha”), las cuales, a su vez, están compuestas de cuatro meses cada una, confeccionados a partir de tres semanas de diez días (decanatos). El año se completa mediante la adición de cinco días a mayores, llamados epagómenos, cuya explicación fue tempranamente adecuada al contexto teológico: una de las parejas divinas, Geb y Nut, se encuentra separada físicamente por el padre de ambos, prohibiendo éste la consumación de su vínculo marital en cualquier día del año y, por tanto, impidiendo la procreación y regeneración de la casta divina. Tot, amante de Nut, resolvió la situación ganando a la Luna, mediante una apuesta en una partida de *senet*, las damas egipcias, la septuagésima parte de cada día del año, consiguiendo así cinco días más que añadir al resto de los meses, libres de la restricción impuesta por Shu; de modo que en ellos se produce la concepción, gestación y buen nacimiento de los cinco dioses: Osiris, Horus, Seth, Isis y Nefthis. La presencia de estos días epagómenos está documentada desde finales de la IV Dinastía cuando, en la tumba del funcionario Nekanj, que ejerció su actividad durante los reinados de Menkaura y Userkaf, se explicita la donación de los cinco días supernumerarios a su esposa Jedyetjequenu (Sánchez Rodríguez; 2000:63 y ss.).

El rol desempeñado por Tot, el dios lunar por excelencia, en esta narración, está directamente relacionado con el papel que juega la Luna a la hora de estructurar un año solar. Así, cada uno de los 12 meses de 30 días que integran el año solar nace de la abstracción de la lunación, o mes sinódico que, a su vez, representa el período de tiempo mediado entre dos fases idénticas del satélite terráqueo y que abarcan 29 días, 12 horas, 44 minutos y 2,9 segundos. Precisamente, los nombres de los días en el mes egipcio están inspirados en las fases lunares: *“Diversos autores, enumerados en el trabajo de Parker, entre los que se encuentran Brugsch, Mahler y Se-*



❏ La reina Nefertari disputando con el destino su partida de *senet*, las damas egipcias, en uno de los murales de su tumba. | Kairoinfo4you.

the, sugieren la posibilidad de que el inicio del mes lunar se produjera con el primer día de invisibilidad del disco, la Luna nueva, lo que también es apoyado por el signo jeroglífico [correspondiente a la palabra *3bd*, “mes”] que nos muestra solamente un trazo lunar y no el disco lunar completo. Otra argumentación presentada por el mismo autor para reforzar la existencia del calendario lunar, la encontramos en los Textos de los Sarcófagos del Reino Medio, en donde leemos: “oh almas de Heliópolis, conozco lo que es pequeño (*šrt*) en el mes y lo que es grande en el festival del medio mes. Es Dyehuty (Thot)”. ‘Lo que es pequeño’ se refiere, sin duda, a la fase de Luna nueva, cuando no es visible el creciente lunar, mientras que ‘lo que es grande’, representa a la Luna en su fase completa, la Luna llena” (Sánchez Rodríguez; 2000:43-44). No obstante, el acúmulo de 12 meses de 30 días se traduce en un año de 360 días. Se produce aquí un vacío de tiempo de cerca de 5 días y algunas horas hasta que la Tierra vuelve a pasar por el mismo punto en su órbita alrededor del Sol. Es precisamente aquí, en este vacío, donde interviene el nacimiento de los cinco dioses, que permite rellenarlo con los días epagómenos.

No parece casual que el medio del que se vale Tot, la Luna, para conseguir estos cinco días supernumerarios sea una partida de damas egipcias, o juego del senet, cuyo simbolismo astronómico salta a la vista: su tablero, de forma rectangular, está compuesto por 3 filas de 10 columnas cada una, sumando un total de 30 casillas, equivalentes a los días de un mes lunar. Gracias a las techumbres astronómicas, los relojes de tránsito decanal, los relojes estelares, las clepsidras, los gnomon y demás utensilios empleados por los egipcios para la medición del tiempo, sabemos que en esta civilización se dividía el mes en 3 semanas de 10 días llamadas decanos, siguiendo la misma organización que el tablero de senet. Algunos expertos, como Jéquier, Kendall o Bell, han tratado de recuperar las reglas de dicho juego, donde al cuadrado número 15 se le atribuía una especial relevancia: en muchos ejemplares, este espacio aparece con el signo jeroglífico *ḥ* grabado en su interior, motivo por el cual se le conoce como la casilla del renacimiento. Este hecho guarda una especial relación con el calendario ideal egipcio, donde el día 15, precisamente, se celebraba el festival del medio mes, coincidente con el plenilunio. Es más, se cree que si alguno de los peones en juego caía en el cuadrado número 27, la casilla del agua, *nw*, la corriente del río Nilo lo arrastraba, como en el juego de la oca, hacia atrás, volviendo a la casilla del renacimiento. Y si ésta ya estuviese ocupada, tendría que comenzar desde el principio. En un mes lunar, si el primer día coincide con novilunio y el 15 con el plenilunio, el día 27 la Luna se encuentra tan extremadamente menguada que apenas la ilumina el Sol: se conoce, entonces, como Luna vieja, a falta, tan solamente, de

horas para el novilunio.

El tribunal celeste

Dentro de cada mito, es importante discernir, en primer lugar, entre aquellos aspectos más básicos del dios que, *per se*, pueden ser explicados de forma directa, sin apenas, interpretaciones, a partir de su identificación con alguna circunstancia natural, sea ésta del carácter que sea. Por recordar algún caso ejemplar, valga la lentitud de Cronos-Saturno cruzando el firmamento y su consiguiente asimilación a un dios decrepito, en las horas más bajas de su vejez, como ya se ha comentado. En segundo lugar, el relato mitológico puede enriquecerse continuamente a través de pequeñas narraciones con las que, en realidad, se trata de explicar fenómenos naturales más complejos en los que están involucrados unos y otros dioses, es decir, nuevos fenómenos adyacentes, relacionados de alguna forma con el primero. Así, Zeus-Júpiter, un planeta mucho más veloz y brillante que Cronos-Saturno, pasa a encarnar al más fuerte de los hijos de éste último, el único con el coraje y la tenacidad suficiente como para embarcarse en la ambiciosa misión de destronar a su padre y de hacerse con la corona de todo el Olimpo. Y así sucesivamente, hasta crear un conjunto lógico, coherente, fácilmente comprensible, que serviría a los griegos para codificar todo su saber, ya no solo en el ámbito de la astronomía, sino también en el de materias prácticas como la agricultura, la ganadería, la medicina, la meteorología, la navegación, etcétera.

Si queremos aplicar los mismos principios a la religión egipcia es necesario distinguir entre ambos aspectos dirimiendo, por una parte, las características explicables por la propia esencia del fenómeno que se pretende divinizar y, por otra, las que provienen de la interacción con otros fenómenos, cuyo componente principal se amplía mediante la incorporación de nuevos personajes al discurso mitológico. Dentro del conjunto de dioses venerados en el antiguo Egipto, Osiris suma algunas de las facetas de mayor trascendencia, a nivel político y social. No solamente es el ideal en el que se tenían que mirar todos los gobernantes del país de las Dos Tierras, sino que se le atribuye el origen de la propia cultura egipcia, como verdadero civilizador de las gentes que habitan en ambos márgenes del río Nilo. Osiris también representa la mayor autoridad en el inframundo y, ante su presencia, eran juzgadas las almas de los difuntos, a fin de averiguar si el peso de sus culpas era más liviano que la pluma de un avestruz, conforme a Maat, esto es, el orden universal.

En el número 14 de Egiptología 2.0, en el artículo “Los canales astronómicos de la Gran Pirámide”, correspondiente al pasado mes de enero, se han revisado las pruebas que avalan a la constelación de Orión como encarnación astral de Osiris. Es in-



❏ Pesaje del corazón ante el tribunal de Osiris, tal y como se representa en el *Papiro Hunefer*, custodiado entre los fondos del Museo Británico (EA9901,3). | British Museum.

negable el destino solar de las almas, con un viaje de regeneración diaria que surge en Oriente, donde nace la aurora, y se dirige hacia Occidente, donde muere el ocaso. No obstante, como ya se ha visto al ahondar en el simbolismo de los piramidiones y de los *Textos de las Pirámides*, el examen pormenorizado de las fórmulas religiosas sirve, también, para vislumbrar un destino estelar, cuyo trayecto se origina en los cielos del sur, donde las constelaciones varían en función de las estaciones del año, y que tiene como meta los cielos del norte, donde las constelaciones circumpolares están dotadas de permanencia, como si se tratase de auténticas estrellas que nunca perecen. En esta ruta, desde el mediodía hasta el septentrión, tiene sentido observar la formidable constelación de Orión, al sur, culminando en el meridiano, como el gran juez sin cuyo consentimiento no se puede cruzar a la otra orilla del curso de agua sinuoso, la Vía Láctea, determinando qué almas pueden seguir evolucionando por la bóveda celeste hasta reunirse con las demás estrellas, cercanas a la Polar, que sí son visibles durante todo el año. La reunión de siete estrellas de tan notable magnitud, en una franja tan pequeña del firmamento, sumado a la caprichosa perfección de su geometría, con tres estrellas en línea colocadas dentro de un amplio cuadrilátero, ha convertido a Orión, en opinión de la mayor parte de los astrónomos, en la más prominente de las constelaciones del cielo nocturno, asimilada históricamente a gigante, padre de naciones, vigoroso cazador o arquero infalible. La figura de un juez, en pleno uso de su potestad sobre la vida y la muerte, durante la psicostasia, encaja dentro de ese perfil, como supremo hacedor de decisiones.

No obstante, el pesaje de las almas en la Sala de las Dos Verdades representa un escenario bastante complejo, en realidad, pues en este episodio intervienen otros dioses como Tot, de marcado carácter lunar, el cual se ocupa de registrar el peso de cada



❏ Sala hipóstila del templo mayor de Abu Simbel, con sus colosales pilares osiríacos, en los que el dios, tocado con la doble corona, sostiene el cetro y el flagelo. | David Roberts.

platillo; el chacal Anubis, que presenta al difunto ante el tribunal y tiene encomendada la tarea de equilibrar la balanza; Ammyt, el devorador de aquellos que son declarados impuros, un críptido en el que se fusiona la cabeza del cocodrilo, el busto del leopardo y los cuartos traseros del hipopótamo; además de los 42 jueces que representan a cada provincia y, en ocasiones, también los dos milanos, Isis y Neftis, así como de la propia encarnación del orden cósmico, la diosa Maat. Este despliegue de divinidades parece ser contrario a la escenificación de un pasaje astronómico concreto, si bien las equivalencias celestes de algunos de ellos comparten lugar en el firmamento, junto a Orión: la Luna orbita por el plano de la eclíptica, apenas unos grados por encima de Orión, mientras que al oeste de esta constelación aparecen el Can Mayor, asociado indudablemente a Isis, consorte de Osiris; y el Can Menor, que algunos autores interpretan como la versión astral de Anubis (Chartrand; 1982:126), inspirándose en las palabras

de John Hill en su obra *Urania or, a compleat view of the heavens; containing the antient and modern astronomy, in form of a dictionary*, publicada en Londres en 1754, donde al departir sobre la constelación *Antecanis* la supone una invención de los egipcios, al igual que la de Can Mayor, aseverando que Anubis fue otro de los nombres con el que conocieron a la estrella del Perro, esto es, Sirio. El propio Plutarco, parece ser la fuente primigenia de esta conexión, quien, al establecer paralelismos entre los dioses y los eventos astronómicos, puso a Anubis en directa relación con el planeta Saturno y con la estrella del Perro: “*Algunos creen que Anubis es Crono. Por eso, como da nacimiento a todo de sí mismo y lo concibe en sí mismo, obtuvo el sobrenombre de Perro. Hay, en efecto, cierto secreto observado por los que adoran a Anubis, y el perro, en otro tiempo, recibió los más altos honores en Egipto*” (*De Iside et Osiride*; 368 F). No obstante, la clara identificación de Sirio con el Can Mayor relegaría a Anubis, a los ojos de los griegos, a un papel secundario, en la posición del Can Menor, personificando el alma de la estrella Proción.

Osiris y la agricultura

Otra de las facetas identitarias de Osiris, subyacentes a su personalidad y a los mitos que rodean su figura, es la de padre de la agricultura: “*Osiris estaba asociado a la agricultura y a las cosechas. En las tumbas se han encontrado figuras de Osiris llamadas “Osiris vegetantes”, rellenas de tierra y semillas. Al cabo de un tiempo, estas semillas germinaban indicando así el renacimiento del difunto en el Otro Mundo*” (Egiptomanía; 1997:151). Aunque los “Osiris vegetantes” datan del período tardío, están inspirados en las “Camas de Osiris”, unos moldes de madera hechos imitando la silueta de este dios, tocado con la corona atef y sosteniendo con sus brazos el cetro y el flagelo faraónico, cuyo interior se rellenaba igualmente con tierra y semillas, con el propósito de ser depositados en las tumbas egipcias desde los tiempos del Imperio Medio. La tonalidad de piel, verde oliva, con la que Osiris suele ser representado, evocaría este mismo simbolismo: “*Por una parte, como señor de los muertos, el color verde de la piel de Osiris es el símbolo de la putrefacción. No olvidemos que es un dios momificado. Pero también es el símbolo de la vegetación, de la agricultura, de los campos de cebada con los que se premia a los justos en la otra vida. El verde es el color de la primavera, de los campos de cereales tras las inundaciones del Nilo, y por lo tanto el color de la regeneración, de la resurrección, de la vida eterna*” (Sierra Valentí; 2016).

Si bien los egipcios produjeron numerosos textos de carácter religioso, lo cierto es que en la mayor parte de las ocasiones se trata de una sucesión de sorti-



❏ Osiris vegetante de la Baja Época, incorporado a los fondos del Museo Británico en 1919 (EA54364). | British Museum.

legios temáticos, más que un compendio narrativo, como sí hemos heredado de los griegos a través de la *Teogonía* de Hesíodo o de los judíos a través del *Antiguo Testamento*. Salvo alguna notable excepción, como puede ser el caso de la contienda entre Horus y Seth, que nos ha llegado por fuentes como el *Papiro Chester Beatty 1* o la *Piedra de Shabako*, los Misterios de Osiris han sido tratados de forma fragmentaria por los escribas egipcios y gran parte de la información que poseemos proviene de los historiadores del período de dominación romana, como es el caso de Plutarco, y su *De Iside et Osiride*, así como el tratado sobre los dioses del antiguo Egipto expuesto por Diodoro de Sicilia al comienzo de su *Bibliothecæ Historicæ*. En este punto, la descripción de ambos autores coincide en la labor fundacional y didáctica de Osiris, que se puede relacionar con el sistema de vida propio del neolítico, esto es, el sedentarismo, basado en los asentamientos agrarios, en contraposición con la cultura nómada del paleolítico, donde la gran proveedora de alimentos fue la caza de animales salvajes y, en su defecto, la antropofagia:

“En primer lugar apartó al género humano del canibalismo: tras encontrar Isis el fruto del trigo y de la

cebada, que crecía en el campo espontáneamente entre las demás hierbas, desconocido por los hombres, y concebir Osiris a su vez el cultivo de estos frutos, todos cambiaron gustosamente de alimento, dada la placentera naturaleza del descubrimiento, y porque parecía conveniente apartarse del salvajismo mutuo” (Diodoro de Sicilia; I, 14, 1). “También fue Osiris amante de la agricultura (...). Descubrió, dicen, la vid y, tras inventar además la elaboración de su fruto, fue él el primero que degustó el vino y enseñó a los demás hombres el cultivo de la vid y el uso del vino, así como su recolección y conservación” (Diodoro de Sicilia; I, 15, 6-8). “Era de talante bienhechor y ansiaba la gloria, dicen que formó un

gran ejército con la idea de recorrer todo el mundo habitado y enseñar al género humano el cultivo de la vid y la siembra del trigo y de la cebada” (Diodoro de Sicilia; I, 17, 1). “Cuando Osiris llegó a ser rey, inmediatamente liberó a los egipcios de una vida sin recursos y propia de las bestias, dándoles a conocer los frutos, estableciéndoles leyes y enseñándoles a honrar a los dioses. Más tarde, recorrió toda la tierra para civilizarla, muy pocas veces tuvo la necesidad de las armas, se atraía a la mayor parte de los pueblos seducida por la persuasión y el razonamiento combinados con el canto y toda clase de música” (De Iside et Osiride; 13 A-B).

Esta relación de Osiris con la agricultura está en plena sincronía con los ciclos de aparición y desaparición de la constelación de Orión, así como sus evoluciones por la bóveda celeste, tal y como las interpretó el poeta griego Hesíodo en *Los Trabajos y los Días*. Se trata de una obra compuesta en verso hacia el siglo VIII a.C. en la que se glosa una importante colección de consejos, proverbios e instrucciones similares a las actuales coplas y refranes que podemos encontrar en los almanaques populares de labriego, como el *Calendario Zaragozano*, donde, entre otras referencias a Orión y el agro, se incluyen las siguientes: “Ordena a los esclavos dar vueltas al sagrado fruto de Deméter, cuando por primera vez se muestre la fuerza de Orión en lugar bien aireado y en era bien redondeada. Con la medida guárdalo en los recipientes” (Opera et Dies; 597-600). Además, “cuando Orión y Sirio lleguen al centro del cielo, y Aurora de rosados dedos vea a Arturo, Perses, entonces corta y lleva a casa todos los racimos, expónlos al sol durante diez días y diez noches, durante cinco cúbrelos de sombra y al sexto vierte en recipientes los dones de Dioniso, dador de alegría. Y cuando se oculten Pléyades, Híades y la fuerza de Orión, entonces, después de recordar la labor propia de la estación, sumerge el grano en la tierra” (Opera et Dies; 610-18). De esta forma, cuando la constelación de Orión se entierra bajo el horizonte, lo mismo debe hacer el agricultor con la semilla, sembrándola en los campos y labradíos. Cobra sentido, pues, la metáfora que hace de Osiris el agente nutricional más poderoso del Nilo: el desbordamiento de este río generaba que sus márgenes se volviesen tierras más fértiles y limosas. Los egipcios atribuyeron este fenómeno natural al hecho de que del cadáver descuartizado de Osiris no se hubiesen logrado recuperar los genitales, devorados por el pez oxirrinco, tal que el esperma de este dios se derramó por sus aguas, convirtiendo este caudal en el gran milagro de la fecundidad. Que la señal astronómica de la siembra fuese la desaparición de Orión, esto es, la muerte de la contrapartida celestial de Osiris, no debió de pasar desapercibido a una nación cuya existencia dependía, esencialmente, del buen hacer agrícola.



❏ Osiris, con la clásica pigmentación verde de su piel, representado en uno de los pilares de la tumba de Nefertari. | Kairoinfo4you.



■ Mármol blanco de taller romano, labra del siglo II d.C., mostrando a Baco-Dioniso. Como dios del vino, fue prontamente asociado a Osiris.
| Museo Nacional del Prado.

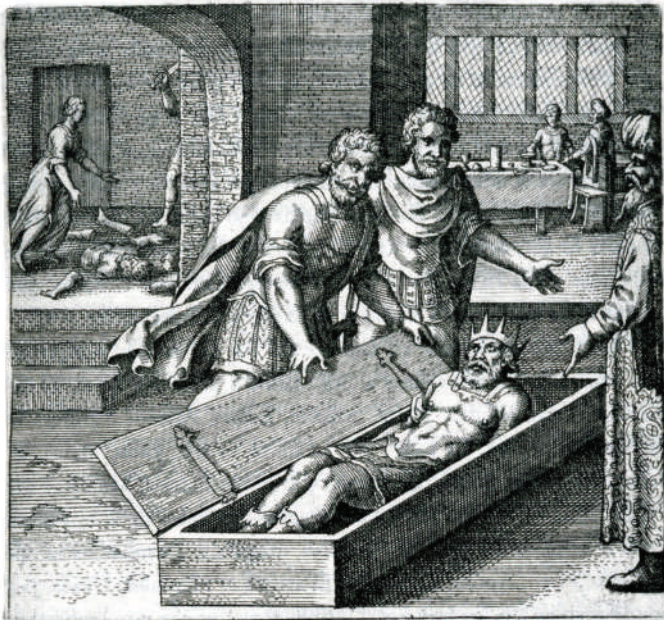
Por otra parte, la relación entre Orión y la vendimia, expuesta también por Hesíodo, pudo haber motivado la asociación entre Osiris y el dios de la viticultura por excelencia, Baco-Dioniso, como tantas veces se lee en pasajes de Plutarco de Queronea y Diodoro de Sicilia. De esta manera, Osiris-Orión se habría arrogado para sí, dentro del magín egipcio, al menos durante la Baja Época o el Período Helenístico, el papel que entre los griegos y romanos correría a cargo de Vindemiatrix, la estrella épsilon de la constelación Virgo. De hecho, esta correlación podría ser mucho más antigua, pues la Declaración 442 de los *Textos de las Pirámides* ya refieren cómo “*Osiris ha llegado como Orión, Señor del Vino en el Festival w3g*”. Durante esta celebración, de carácter eminentemente funerario, se ofrecían libaciones de vino en honor de Osiris, coincidiendo con el aniversario de la entrada de este dios en la Duat. Tenía lugar entre los días 17 y 18 del mes de Tot, a comienzos del año ideal egipcio, hacia el 7 y el 8 de julio de nuestro

calendario actual. No parece fortuito que el Festival *w3g* se desarrollase apenas unas horas después de la Fiesta de la Embriaguez, el día 15 de Tot, en la que el pueblo egipcio se rendía a los placeres del vino y la cerveza. Ecos modernos de esta exaltación pública del alcohol en la misma época del año se pueden rastrear, por ejemplo, en la fiesta de los viñadores de Vevey (Suiza), a caballo entre los meses de julio y agosto; en la batalla del vino, el 29 de junio, en Haro (La Rioja); así como en los sanfermines de Pamplona (Navarra), el 7 de julio; fiduciarias de una tradición ancestral que podría conectar incluso con las vinalias romanas: la urbana, el 23 de abril; y la rústica, el 19 de agosto.

Los Misterios de Osiris

Al descubrir el posible trasfondo astronómico oculto en la muerte de Osiris, expresada en el lenguaje simbólico de Orión y su influencia en las labores agrícolas, es necesario preguntarse si otros detalles de este mito podrían tener un origen similar, reflejando un escenario astronómico mucho más complejo. La historia, a grandes rasgos, se refiere a cómo la envidia de Seth, anhelando hacerse con el trono de las Dos Tierras, planeó junto con una serie de secuaces el asesinato de su hermano Osiris. Según algunas fuentes, la motivación del crimen habría sido pasional, al conocer Seth que Osiris había mantenido relaciones con la esposa del primero, Neftis. Sea como fuere, una tradición que ya parece existir a finales del Imperio Nuevo, señala cómo el cuerpo de Osiris fue troceado por sus enemigos y esparcido por distintas provincias, a fin de justificar, quizás, que las reliquias de este dios se pudiesen venerar a un mismo tiempo en distintos centros de culto osiriaco repartidos por todo el país de Egipto (Pinch; 2004:79). Los fragmentos fueron recuperados después por su viuda, la gran hechicera Isis, que en algunas ocasiones actúa en compañía de su hermana, Neftis, y que con su gran poder mágico restaura las funciones vitales y consigue resucitar a su esposo de entre los muertos, uniéndose a él y quedando encinta de su legítimo heredero: Horus. Después, la diosa se esconde entre los matorrales de papiro en el delta del Nilo, manteniendo allí su embarazo a salvo y en secreto, evitando que un furioso Seth se pueda revolver contra ella, impedir el nacimiento del hijo de Osiris y obstruir su ascensión al trono.

Gracias al *Papiro Sallier IV*, conservado en el Museo Británico (EA 10184), y al *Calendario del Cairo* (86637), donde se recogen los días que los egipcios consideraban fastos o nefastos, tenemos noticia de la fecha de algunos de los aniversarios más relevantes y sagrados del año solar y que, en algunos casos, están en relación con la cronología mítica de Osiris: así, el día 17 del mes de Hathor, tercer mes de la estación de *3ht*, Isis y Neftis lloran la muerte de



▣ Grabado del alquimista alemán Michael Maier, publicado en 1617 en su libro *Atalanta Fugiens*: a la izquierda, Osiris desmembrado; a la derecha, encerrado por Seth y sus secuaces en un sarcófago. | Arsgravis.

Osiris; mientras que el día 12 del mes de Ka-Hor-Ka, el cuarto mes de la estación de *3ht*, Osiris se transforma en el ave Benu; para que luego el día 18 del mismo mes se conmemore la muerte de este dios; y, finalmente, el día 14 del mes de Ta-Aabet, primero de la estación de *prr*, prosigue el llanto de Isis y Neftis. Partiendo del calendario ideal, en el que la jornada de año nuevo coincide con el orto heliaco de Sirio, cerca del solsticio de verano, el día 17 de Hathor equivaldría al 6 de septiembre, el día 12 de Ka-Hor-Ka tendría lugar el 1 de octubre, el día 18 del mismo mes correspondería al 7 de octubre y el día 14 de Ta-Aabet ocurriría hacia el 2 de noviembre, fecha que, curiosamente, más de tres milenios después, seguimos dedicando a llorar y recordar a nuestros amigos y familiares difuntos. En conclusión, el ciclo mítico de la muerte de Osiris se extendería desde principios de septiembre hasta comienzos de noviembre, mostrando su clímax y apogeo en octubre.

Esta circunstancia coincide con la celebración de los llamados Misterios de Osiris. Entre los días 17 y 22 del mes de Ka-Hor-Ka tenían lugar los festivales dedicados a este dios, en los lugares donde, como el Osirión de Abidos, se creía que podría encontrarse su tumba. El día 22, la imagen procesional de Osiris salía solemnemente en su barca portátil, ante los numerosos devotos que se congregaban en las inmediaciones de su santuario. Después, durante los días subsiguientes, se desarrollaban los Misterios de Osiris, a fin de rememorar la muerte y resurrección de esta divinidad, a semejanza de cómo las comunidades cristianas celebran hoy en día la Semana

Santa, en torno a la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. El último día, el 30 de Ka-Hor-Ka, la momia de Osiris era sacada en una procesión cuyo cortejo abría el dios funerario Upuaut y en el que el clero recitaba salmodias similares a las lamentaciones pronunciadas por las diosas Isis y Neftis a la muerte de su esposo y hermano. Cabe señalar que los días 17 y 22 de Ka-Hor-Ka discurren, en el calendario ideal egipcio, entre los días 7 y 11 de octubre de nuestro calendario gregoriano; mientras que el 30 de Ka-Hor-Ka corresponde a nuestro 19 de octubre.

Ahora bien: si, en efecto, el mito de Osiris, con su desmembramiento a manos de Seth y de sus secuaces, o la búsqueda de sus restos mortales a cargo de Isis, se inspira de algún modo en el movimiento de las estrellas, la única forma de averiguar el fenómeno natural al que se pretende dar explicación mediante esta historia consiste en visualizar detenidamente el comportamiento de las constelaciones vinculadas de forma exclusiva con estos tres dioses. Conviene recordar que las fuentes egipcias identifican a Osiris con Orión, a Isis con la estrella Sirio y el muslo de Seth con la Osa Mayor y la Menor. Dado que las dos últimas pertenecen al selecto grupo de las circumpolares, su presencia en el firmamento nocturno resulta constante en cualquier momento de año, orbitando en pequeños círculos con centro en el polo norte celeste. Pero, ¿qué hay de Orión? ¿Es víctima, acaso, de alguna anomalía con apogeo en octubre que pueda concordar con los Misterios de Osiris?

En realidad, sí: las Oriónidas. Se trata de una lluvia de meteoros que debe su nombre a Orión, pues en esta precisa constelación se encuentra su radiante, esto es, el punto de fuga en el que parecen converger estas estrellas fugaces, cerca de la supergigante roja Betelgeuse. El período de las Oriónidas abarca desde el 2 de octubre hasta el 7 de noviembre, con su máximo hacia el día 21 de octubre, momento en que la tasa horaria cenital media ronda los 23 meteoros por hora, aunque en algunos años, como ocurrió



▣ Ruinas del Osirión, en Abidos, medio sumergido bajo el nivel de la capa freática. | Olaf Tausch.

en 2006 y 2007, alcanza los 70 meteoros por hora. Las Oriónidas se producen de año en año, cuando la órbita de la Tierra intercepta el reguero de polvo y hielo dejado a su paso por el Cometa Halley, cuyos restos se regeneran cada vez que éste se interna de nuevo en el corazón del Sistema Solar, cosa que ocurre cada 75 o 76 años. Así, los octubres que suceden al acercamiento del Cometa Halley convierten a las Oriónidas en uno de los mayores espectáculos del otoño, al menos, desde el punto de vista astronómico.

El desmembramiento de un dios

Sabemos que los egipcios consideraban tanto a meteoros como a meteoritos partes integrantes del cuerpo de sus dioses. Varios pasajes de los *Textos de las Pirámides* aclaran que el esqueleto del rey difunto, metamorfoseado ya en un Osiris, está compuesto de hierro meteórico: “Soy puro, tomo para mí mis huesos de hierro, [yo] estiro [por mí mismo] mis miembros imperecederos que están en el vientre de mi madre Nut” (Declaración 325); “Tú eres un grande con la corona *wrrt* íntegra; ojalá te proveas a ti mismo con tus miembros de hierro. Atraviesa el cielo hacia los Campos de Juncos, haz tu morada en los Campos de Ofrendas entre las Estrellas Imperecederas, las seguidoras de Osiris” (Declaración 419); “No roturéis el suelo, Oh brazos míos que levantáis el cielo como Shu; mis huesos son metal y mis miembros son las Estrellas Imperecederas” (Declaración 570); “Este Rey asciende cuando tú asciendes, Oh Osiris; su palabra y su ka están destinados al cielo, los huesos del Rey son de metal y los miembros son las Estrellas Imperecederas” (Declaración 684). Ocurre lo mismo con los huesos de Horus. Así, en la Declaración 214, que narra la ascensión del rey al firmamento, los brazos de Horus son presentados como cintas de hierro: “Te bañarás en el firmamento estrellado, descenderás sobre las cintas de hierro en los brazos de Horus”. Para la fecha de la composición de estos sortilegios, un milenio antes de la Edad de Hierro, todos los objetos elaborados con este metal se obtenían a partir de sideritos, esto es, meteoritos férricos, lo que convertía al hierro en un bien máspreciado y singular que el oro, destinándose a fines ceremoniales en las culturas de Mesopotamia, Anatolia y Egipto. Este hierro cósmico es reconocible por la ausencia de níquel en su composición.

Conociendo la estrecha relación que identifica a meteoros y meteoritos con los huesos de los dioses, no extraña en absoluto que la lluvia de estrellas que tiene su radiante, precisamente, en la constelación de Orión pudiese ser entendida, desde el lenguaje de lo simbólico, como el desmembramiento del propio Osiris; más que nada, porque los sacerdotes astrónomos del antiguo Egipto no habrían pasado por alto un fenómeno tan sugerente como las Oriónidas



👁 Las Oriónidas son fácilmente reconocibles, pues su punto de fuga converge en una zona del cielo próxima a donde los antiguos astrónomos situaban la cabeza de Orión. | Lu Shupeí.

en una de sus constelaciones más relevantes. Bajo este prisma, cobra un mayor sentido la posibilidad de que la reliquia sagrada del Fénix, el Ba de Osiris, el primer piramidión, objeto de culto divino en el templo solar de Heliópolis, haya sido un auténtico betilo, esto es, una “piedra de rayo” o ceraunia, de naturaleza meteórica. Un paralelismo tardío, dentro de la cultura griega, sería la reinterpretación de las Perseidas como el esperma derramado por Zeus para fecundar a la princesa Dánae de Argos, cautiva en la prisión de bronce donde la había recluido su padre. De hecho, al igual que las Perseidas, también los restos de Osiris, encarnados astralmente a través de las Oriónidas, podrían haberse vinculado a la simiente y a la fertilidad, trocando a este dios en patrono de la agricultura.

Aquí entra en acción una problemática inmanente al calendario civil egipcio: su carácter deslizante. Este factor determina que los festivales y Misterios de Osiris, celebrados en la segunda mitad del mes de Ka-Hor-Ka, únicamente hubieran de coincidir con las Oriónidas, con su máximo hacia el 21 de octubre, en fechas próximas a las apocatástasis del ciclo sotíaco. En nuestra revisión de las mismas, propuesta en el número 12 de la revista *Egiptología 2.0*, correspondiente a julio de 2018, presentábamos que el modelo que “*menos desvirtúa las fechas sotíacas, e incluso lunares, de las fuentes originales egipcias es el ciclo sotíaco de 1.423 años, tomando como base la duración del año sidéreo*”, de forma que las apocatástasis se habrían producido en los años 128 ± 3 d.C., 1295 ± 3 a.C., 2719 ± 3 a.C. y 4143 ± 3 a.C. La segunda de las fechas dadas, en los albores de la dinastía XIX, hacia el reinado del faraón Menmaatra Seti I, justificaría que la tradición del desmembramiento de Osiris cobre vigor, precisamente, a finales del Imperio Nuevo (Pinch; 2004:79), momento en que se produjo, de forma efectiva, la concurrencia temporal entre las Oriónidas y las pompas fúnebres de Osiris, allá por los mismos días del año. No solo



 Isis sigue siempre los pasos de Osiris, lo mismo que la trayectoria de Sirio sucede a la de Orión. Estatuilla de bronce de la dinastía XXVI. Museu Egipci de Barcelona.
 | Fundació Arqueològica Clos.

esto, sino que varios estudios apuntan a que cuando la tasa horaria cenital de las Oriónidas se eleva hasta un promedio de 70 meteoros por hora, como ocurrió en los años 2006 y 2007, se debe a la nube de partículas eyectadas por el Cometa Halley en sus retornos de los años 1266 a.C., 1197 a.C. y 910 a.C. La densidad de estas antiguas estelas, fechadas a finales del Imperio Nuevo y comienzos del Tercer Período Intermedio de Egipto, sugieren que la cola del Halley debió de mostrar entonces su aparición episódica más espectacular que nunca, provocando igualmente que, durante esta época, los encuentros de la Tierra con las Oriónidas fuesen auténticos festivales de pirotecnia astronómica. No en vano, las partículas analizadas durante su último paso, en 1986, releva cantidades importantes de magnesio, silicio y hierro, es decir, la materia de la que están compuestos los huesos de los dioses. En lo tocante a la correlación entre el paso del Cometa Halley en el año 1266 a.C., las Oriónidas y la orientación del templo mayor de Abu Simbel hacia el orto solar del día 21 de octubre, ahondaremos en nuestro próximo artículo.

Utilizando la versión 0.18.3 del programa *Stellarium*, las predicciones para el comportamiento de Orión a lo largo del año, visto desde la localización de El Cairo, son bastante similares para los años 1295 ± 3 a.C. y 2719 ± 3 a.C. En ambos casos, el orto helíaco del cinturón de Orión, esto es, su salida en el oriente durante el amanecer, ocurre a mediados de junio, apenas una semana antes del solsticio de verano. Al coincidir con las apocatástasis del ciclo sotíaco, la reaparición de Orión, tras mes y medio de invisibilidad, anuncia la llegada de los días epagómenos, el primero de los cuales estaba consagrado, precisamente, al nacimiento de Osiris, convirtiendo el mito del nacimiento de los cinco dioses en fiel reflejo de lo que estaría sucediendo en los cielos durante esas fechas. Los otros tres momentos culminantes en el movimiento de esta constelación son su ocaso helíaco, esto es, su puesta en occidente durante el amanecer (que, en tiempos de los faraones, ocurría hacia principios de noviembre), su orto acrónico, es decir, su salida en el este durante el atardecer (hacia finales de noviembre) y su ocaso acrónico, que viene a ser su puesta en el oeste durante el atardecer (hacia finales de abril).

Dado que la rotación terrestre se produce de oeste a este, la percepción que tenemos del movimiento aparente del Sol y de las demás estrellas resulta inversa, de este a oeste. De esta forma, Orión aparece en el cielo nocturno antes que Sirio, asciende hasta su culminación en el meridiano e inicia después su progresivo descenso hacia el horizonte occidental, en una trayectoria que, a lo largo de las horas de la noche, irá imitando Sirio, como si esta última estrella corretease tras las huellas de Orión. Ésta es la circunstancia que llevó a los astrónomos griegos a identificar a las estrellas Sirio y Proción con los perros de presa del cazador Orión, yendo siempre a la saga de su dueño. Ahora bien, que los egipcios equiparasen a la gran maga Isis con la estrella Sirio da pie a otra metáfora astronómica clave en el mito de Osiris: cuando éste es asesinado, su viuda y hermana acude en su auxilio, persiguiéndolo a través del cielo nocturno, iniciando la búsqueda de los 14 fragmentos en que ha sido desmembrado, a fin de acoplarlos y hacer revivir en cuerpo y alma a su difunto esposo. De hecho, cuando Osiris-Orión se eclipsa bajo el horizonte, descendiendo al lejano occidente, tierra de los muertos, Isis-Sirio lo sigue hasta el inframundo, ya bajo la apariencia de un milano. Una vez más, astronomía y mitología se dan la mano y, así, el ocaso helíaco de Orión, a principios de noviembre, coincide en el año ideal egipcio con el día 14 del mes de Ta-Aabet, señalado en los calendarios de días fastos y nefastos como el momento de las lamentaciones de Isis y Neftis. Y mientras esta escena se reproduce en los cielos del sur, Seth contempla todo el drama que ha logrado desencadenar desde su palco privilegiado, entre los luceros del norte. Su

carácter circumpolar torna a este dios en omnipresente, personificado de forma astral en las constelaciones de la Osa Mayor y la Menor. Pero la satisfacción de Seth dura poco, pues gracias a los sortilegios de Isis, la infatigable compañera de Osiris, éste renace al cabo de unas horas, surgiendo victorioso sobre la muerte a través del horizonte oriental, reinando como el señor del tribunal celeste, en las cumbres de Orión.

En el próximo número de Egiptología 2.0, en la tercera entrega de este artículo, continuaremos con nuestra propuesta personal de posibles interpretaciones astronómicas para otros de los mitos mejor conocidos del antiguo Egipto.

Bibliografía

Belmonte Avilés, J. A. (2000): *"Astronomía y Arquitectura: El Papel de los Astros en la Cultura y el Arte del Egipto Antiguo"*. En *Arte y Sociedad del Egipto Antiguo*, pp. 109-35. Madrid: Encuentro Ediciones.

Belmonte Avilés, J. A. (2012): *Pirámides, templos y estrellas. Astronomía y arqueología en el antiguo Egipto*. Barcelona: Crítica.

Díaz-Iglesias Llanos, L. (2014): *El ciclo mítico de Heracleópolis Magna: Continuidad y reelaboración a partir de las fuentes funerarias y culturales*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

Krauss, R. (2016): *"Stellar and Solar Components in Ancient Egyptian Mythology and Royal Ideology"*. En *Astronomy and Power: How Worlds Are Structured*, pp. 137-41. Oxford: BAR Publishing.

Lull García, J. (2004). *La Astronomía en el Antiguo Egipto*. Valencia: Universidad de Valencia.

Molinero Polo, M. A. (2000). *"Templo y Cosmos"*. En *Arte y Sociedad del Egipto Antiguo*, pp. 69-94. Madrid: Encuentro Ediciones.

Müller, W. M. (1996): *Mitología Egipcia*. Barcelona: Edicomunicación, Colección Olimpo.

Pérez Sánchez Pla, M. (2016): *La Gran Pirámide. Clave Secreta de la Atlántida*. Barcelona: Larousse.

Sánchez Rodríguez, A. (2000): *Astronomía y Matemáticas en el Antiguo Egipto*. Madrid: Aldebarán.

Sierra Valentí, X. (2016): *"La Divina Piel Verde: el dios de la Resurrección"*. En el blog "Un dermatólogo en el museo".

Temple, R. K. G. (1998): *El Misterio de Sirio*. Barcelona: Grupo Editorial Ceac.

Sobre el autor

Alfonso Daniel Fernández Pousada se licenció en periodismo por la Universidad de Santiago de Compostela, profesión que ha ejercido en Radio Voz y Cadena COPE, emisora, ésta última, a la que está vinculado desde 2005 y donde actualmente dirige un magazine dominical.

Su pasión por la egiptología le ha llevado a participar en diversos seminarios organizados por el Instituto de Estudios del Antiguo Egipto y a publicar un trabajo de investigación sobre los adelantos astronómicos de la civilización del Nilo.

Enlaza con el autor

